

La Ilustración Artística

Año XXV

BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1906

Núm. 1.301

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MUSEO DE BRUJAS (BÉLGICA)



MATER PURISSIMA,

celebrado cuadro del pintor belga Edmundo Van Hove

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La vieja del tío vivo*, por Juan Tomás Salvany. — *El pintor belga Edmundo Van Hove*, por A. García Llansó. — *A través de los museos de Europa*. Murillo, por R. Balsa de la Vega. — *La isla de los albatros*. — *Mattias Battistini*. — *La medalla de premio de la Exposición Internacional de Milán*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Corazones de oro*, novela ilustrada (continuación). — *Obras de Allán Osterlind*. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.—*Mater Purissima*, cuadro de Edmundo Van Hove. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *La vieja del tío vivo*. — *El pintor belga Edmundo Van Hove en su taller*. — *Un sabio*. — *Comentarios*. — *La iluminadora*. — *El cincelador*. — *El geógrafo*. — *El burgomaestre*. — *El alquimista*. — *Meditación*, cuadros de Edmundo Van Hove. — *Murillo*, retrato orlado de ángeles, dibujo de Diéguez. — *La Virgen y el Niño Jesús*, cuadro de Murillo. — *Beethoven*, busto en bronce de Naum Aronson. — *Tarde de primavera*, cuadro de Arnoldo Boecklin. — *Una boda en la antigua Roma*, cuadro de G. Muzzioli. — *Mattias Battistini*. — *Medalla de premio de la Exposición Internacional de Milán*, obra de Castiglioni. — *Escena Española*. — *Baile andaluz*, grabados de Allán Osterlind.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los juguetes de niños (cuya hora se aproxima) son antiguos, no diré que como el mundo, porque el mundo es más viejo que el hombre, pero como la especie humana. En las pirámides de Egipto se encuentran—al lado de las momias de niños, de esos pequeños féretros pintoreados, dorados, enriquecidos con jeroglíficos curiosos y que ofrecen un modelado estricto del cuerpecillo muerto—los juguetes que usaba en vida, las muñecas y los trompos, los sonajeros y los instrumentos de música en miniatura. Fúnebre sonrisa de la muerte al través de los siglos, inmóvilizada en un osario, como todo lo que pertenece a ese pueblo misterioso y solemne, que hizo de la vida terrenal la preparación a otra vida.

Y ninguna edad histórica ha dejado de crear juguetes, más ó menos rudos, más ó menos divertidores, para regocijo de la chiquillería. En los museos se conservan retratos de niños, rodeados de sus juguetes ó colgándeles de la cintura, como llevaban sus dijes y cascabeles los bufones. Juguetes imperfectos, seguramente, pero que los chicos de entonces encontrarían óptimos, porque todo depende de la comparación, y cuando se tiene lo mejor de cada época no se echa nada de menos (lo cual demuestra que el progreso sólo es la complicación de las necesidades). Los niños, que están más cerca de la naturaleza que los grandes, desdénan la perfección del juguete, y sólo le piden que materialice su ideal de un momento. Dispuestos a hacerlo trizas, no le exigen que sea una maravilla; ni por serlo les encanta más.

He tenido ocasión de observarlo en las distribuciones de juguetes a los niños de la aldea. Igual ó mayor felicidad les produce un juguete basto, muy barato, que otro fino. Lo que sobre todo exigen es que sea grande el juguete y que haga ruido. Un primorito de esmalte, de madera pulida ó de porcelana delicada, no les ilusiona como un caballo de cartón en que puedan montar, ó un tambor con el que puedan atronar los oídos. El juguete movido, activo por decirlo así, el coche que rueda, el gallo que canta, la corneta que hace *tararí*, el ratón que pega carreras locas..., son lo que eleva al grado máximo la alegría infantil.

Con el formidable desarrollo de la industria en los países productores, los juguetes han llegado a constituir un ramo de suma importancia y en el cual se agotan la habilidad, el buen gusto, la actividad y la gracia de cada nación. Los alemanes hacen el juguete más pesado, más tosco, más chillón que los franceses: en cambio han llegado a lo sumo de la baratura. Tienen á veces los juguetes alemanes un grave defecto: los colores que los tiñen son perjudiciales para la salud de las criaturas, si, como es frecuente, los humedecen con la saliva. Severas prohibiciones, reglamentos previsores, no han conseguido poner a raya la codicia de los industriales. El verde de los pinos, el rojo del tejado de las casitas, contienen veneno. Cólicos que no se sabe á qué atribuir, no reconocen otro origen...

La Selva Negra, los cantones suizos, inundan también de juguetes el mercado europeo. Hay juguetes de madera blanca, trabajados á punta de cuchillo por los pastores, que son una monería. En Ginebra los venden á millares, y los compran las personas mayores para adornar mesas y *etageres*. Son ciervos, gamuzas, águilas—la fauna alpestre, grandiosa y esbelta;—son caprichos de ramaje, *chalets* minúsculos, figurillas de guías y de cazadores; los sencillos temas de la montaña—interpretados con un arte instintivo, genial.—Rusia también construye juguetes, aunque no los exporta... En Moscov se fabrican, á guisa de muñecos, unos oseznos que parecen vivos: los hay blancos, y los hay rojos y negros. Mueven los brazos, tuercen la cabeza, y sólo les falta gruñir. Pero el pueblo que ha entendido de un modo más artístico el juguete (y se cree que desde tiempo inmemorial) es el japonés. En paciencia compiten con los chinos, y les vencen en sentimiento é imitación de la naturaleza; en realismo profundo. Los juguetes del Japón son deliciosos; como objetos de arte se pueden conservar. Lo mucho de infantil que hay en ese pueblo del Extremo Oriente, hace que la línea divisoria entre el juguete y el objeto usual sea menos clara y definida que en otros países. Las admirables estatuillas de marfil que el Japón expuso en París últimamente, así podían servir de entretenimiento á los pequeños, como de placer estético á los grandes. Los broncecillos, las reproducciones de animales en cartón y papel, los caprichos y dibujos fantásticos, los ídolos de barro que sacan la lengua ó sonríen enigmáticamente, juguetes son, al fin, como las muñecas son *musmís* que parecen dispuestas á abanicarse ó á rascar la viola. Juguetes son asimismo los platitos en que las verdaderas *musmís* comen, las comidas que les sirven, las tazas como dedales en que beben el te, las botellas de Kioto, vidriadas, de estrecho cuello y brillante vientre, en que refrescan el agua, y los enanos arbustos que en polícromos tiestos se elevan cuajados de flor roja sobre las desnudas ramas. El juego preside á la vida japonesa, y el fértil ingenio de la raza no se agota para inventar cada día nuevos caprichos, ratones blancos, arañas monstruosas, cangrejos ridículos, monigotes inverosímiles, caricaturas en que el terror y la risa alternan. Y los juguetes japoneses suelen costar, en París, desde cinco hasta veinte céntimos.

El juguete francés es elegante, coquetón, serio y científico. Así como el del Japón paga tributo á la fantasía, el de París trata de reproducir, fielmente, en pequeño, los utensilios y los artefactos, los lujos y los refinamientos de la existencia de los grandes. La muñeca no sólo se viste como una señorita muy *chic*, sino que tiene su casa completamente surtida de cuanto reclaman las necesidades actuales. Desde la cocina con fogón y pucheros, hasta el salón Luis XV con talladas consolas y fastuosos cortinajes, las casas de muñecas pueden servir de modelo á los palacios. La electricidad las ilumina; los lavabos tienen agua corriente; algunas ostentan su *serre*, poblada de plantas en miniatura. Por supuesto que los armarios encierran ropa blanca y trajes á la última, boas de pluma y abrigos de piel. Una casa de muñecas bien puesta y donde se lleve la imitación de la verdad á la última perfección, llega á valer bastantes miles de francos.

Para los varones, el juguete francés reproduce trenes en marcha, coches y canoas automóviles, ejércitos que maniobran, panoplias de armas, máquinas eléctricas, fonógrafos, gramófonos, bicicletas, caballos que galopan, cisnes imantados que nadan, el *sport*, la caza, la curiosidad. El automóvil, naturalmente, se alza triunfante sobre toda la juguetería. Hay *voiturelles* de regular tamaño, en que el niño puede ejercitarse como *chauffeur*. La novedad, ahora, es... el accidente de automóvil, producido mecánicamente: se ve saltar á los dos muñecos que ocupan el coche, describir una curva en el aire con sus cuerpos, caer á dos ó tres metros de distancia... y quedarse, naturalmente, tan tranquilos. En esto difiere el juego de la realidad, pero ¿quién sabe si llegará á inventarse algún monigote que lleve requesón en la mollera y almagre en una vejiga de cerdo, colocada en el esternón, y que, al ser proyectado lejos del coche que ocupa, procure la ilusión perfecta del «accidente» con sus consecuencias más espeluznantes?

No sería justo olvidar los juguetes de Madrid, ni bonitos, ni ricos, ni delicados, pero entretenidos y tan baratos como los japoneses. Cada día aparece en la acera del Ministerio de la Gobernación una invención nueva, efímera, oportuna. La vocean los chicos

vendedores, y lleva el sello de la actualidad; es una nota del momento presente, picaresca, burlesca, política; un tributo al capricho de la multitud. En la acera de Gobernación he visto expender á *Mac Kinley borracho perdido* y á Sagasta con el peroné roto. El juguete se convierte así en apéndice de la prensa satírica, y corea y comenta sus desplantes. Nadie habrá olvidado, por ejemplo, á pesar de que estos juguetes viven poco más que las mariposas, al famoso *don Nicanor tocando el tambor*. ¿Qué les queda en el bolsillo á los que fabrican tales juguetes de á *perro chico* y *perro gordo*? No lo entiendo; porque ha de ganar el que los hace y ha de ganar el que los vende, y con el precio parece que no alcanza para bramanes, cartón, madera y pinturas, aparte de la mano de obra. La humilde industria da sin embargo pan y techo á centenares de obreros, que á veces trabajan por su cuenta, y preparan de noche, á la hermosa luz del quinqué de petróleo, lo que ha de salir á vender á la del sol alegre, por la mañana, cuando sale á paseo ó á la escuela la chiquillería... Hay todavía otra clase de juguetes sin ingenio, humildes copias de lo real, y también de inverosímil baratura: sartenes y cazos, trébedes y parrillas, tinajas para el agua, planchas, mesas de cocina, sillas de paja, balanzas, platos, fuentes, ollas, besugueras, armarios de luna, sofás, fuelles, tenazas..., en suma, muebles y enseres, ejecutados con curiosa precisión, con la nimiedad japonesa, aunque sin la finura y delicadeza de mano que caracteriza á los artistas nipones.

Y ahí vienen acercándose, pisando quedito sobre la nieve cuyos copos pronto mullirán el aire, los Santos Reyes de luenga barba y rozagantes mantos, orlados de armiño, trayendo, en las alforjas de sus dromedarios, los juguetes de los diversos pueblos, de las diferentes razas, de los climas y regiones varios del universo, para echarlos sobre las cunas y en los zapatos expuestos bajo las campanas de las chimeneas. Ahí vienen, bondadosos como abuelos, previsores como madres, portadores de tanta golosina y tanta chuchería, riéndose dulcemente de la risa y del contento que van á causar.

Correrán años y aportará la existencia, entre sus múltiples males, algunos bienes, algunas venturas de las que poéticamente suelen compararse á las dichas del Edén; pero nunca el niño, ya hombre, sentirá un goce más completo, más ilimitado, más vehemente que el del despertar asido al juguete que le ofrecieron los Santos Reyes y que le da, en cartón y papel, hojalata y cinc, su ensueño materializado y realizado. La mujer le hará echar de menos la valsadora mecánica; las batallas de la realidad le harán sentir nostalgia de los cañones de plomo y los fusiles de madera barnizada... Y las casitas de muñecas, tan cucas, tan bien surtidas de todo lo indispensable, tan limpias, tan en orden, tan calladas, tan confortables y discretas, contrastarán quizás con la suya, llena de ruido y de polvo, de chillidos y canturreos, de discusiones y escaseses...

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Todo menoscabo de la veracidad indica las más de las veces un vicio secreto ó alguna intención culpable que sería vergonzoso confesar. De aquí la atracción especial que la sinceridad ejerce, porque reúne hasta cierto punto los atractivos de las demás cualidades morales cuya existencia atestigüa.

DUGALD STEWART.

El destino de muchos hombres depende de haber habido ó no en casa de sus padres una biblioteca.

EDMUNDO DE AMICIS.

Un bien presente puede ser causa de un mal en lo porvenir y un mal puede ser causa de un gran bien.

DIDEROT.

El fundamento de toda prosperidad doméstica y el eje de todas las comodidades del hogar es la mujer.

SMILES.

No es el cargo el que honra al hombre, sino el hombre quien honra el cargo.

EPAMINONDAS.

El acento y el carácter del país en donde se ha nacido subsisten en la inteligencia y en el corazón lo mismo que en el lenguaje.

LAROCHEFOUCAULD.

La ciencia de los proyectos consiste en prevenir las dificultades de su ejecución.

VAUVENARGUES.

La amistad del hombre es á menudo un apoyo; la de la mujer es siempre un consuelo.

ROCHPEDERE.



LA VIEJA DEL TÍO VIVO

(A la Srta. D.^a Gloria de las Bárcenas y Tomás)

A los oblicuos rayos de un radiante sol de otoño, ya próximo á su ocaso, el real de la feria, acampado en la extensa plaza, rebosaba bullicio y alegría.

Mi sobrina Gloria, una encantadora niña de once años, que á la sazón se educaba en el colegio de las Ursulinas de P***, aprovechando, con la satisfacción que es de suponer, su salida mensual, me acompañaba aquella tarde.

Entre la baráunda de abigarradas instalaciones en que se vendían ó rifaban golosinas y baratijas, de improvisados barracones donde se exhibían bestias feroces, cinematógrafos, sonámbulas, fenómenos y otras curiosidades; de teatrillos y circos de quita y pon, en los cuales lucían sus habilidades embaucadores y saltimbanquis, llamaba con justicia la atención un magnífico tío vivo, movido por una máquina de vapor, cuya potente fuerza hacía girar vertiginosamente una numerosa y bien ideada combinación de góndolas, leones y caballos de madera, de tamaño natural, cuyo ingenioso y rápido movimiento era delicia y regocijo, no sólo de todos los niños de ambos sexos, sino de no pocos inocentes y aturdidas jovenzuelas, que, á diez céntimos la sesión, en los mismos se montaban.

Atraídos tanto por lo vistoso y colosal del aparato cuanto por la música que lo animaba, nos aproximamos con la intención, como así lo verificó, de dar mi sobrina en él algunas vueltas.

Y como luego nos detuviésemos un rato á ver funcionar el gigantesco tío vivo y á disfrutar de la algazara de la gente menuda que en él se recreaba, muy pronto hubo de llamar nuestra atención una señora vieja, de unos sesenta años de edad, que, sonriente y animada como una chiquilla, con postura de amazona y notorio detrimento de su respetabilidad, briosamente montada en un arrogante caballo de madera, daba vueltas y más vueltas.

Aquella vieja... no la olvidaré jamás y aun me parece estarla viendo: tenía la tez pálida y rugosa; los ojos, grises, muy vivos y pequeños; el pelo, de un rubio canoso, revuelto y abundante; las manos, largas y huesosas; el talle, si bien ya un poco encorvado, esbelto todavía, y emanaba de toda su persona cierto aire de distinción y de bondad, que la hacía simpática y atractiva. Había que verla con el cuerpo inclinado sobre el caballo, cual si quisiera infundirle bríos; con la sonrisa infantil en los labios, flotante el negro velillo del sombrero y en los relampagueantes ojos la chispa del placer y la inocencia.

—¡Es una niña, una niña vieja!, exclamó, alborozada, mi sobrina.

—O una vieja niña, agregué yo, pues ambas cosas se me figuraba.

De cuando en cuando la música cesaba brusca-mente; el tío vivo detenía su giro vertiginoso, y los niños y jovenzuelas, terminada la sesión, abandonaban sus góndolas, caballos y leones para ceder el puesto á otros nuevos navegantes y jinetes de su misma dichosa edad. Sólo la vieja, sin cambiar de postura ni expresión, sin que pareciese haber advertido el paro, semejante á un moderno centauro femenino, seguía dando vueltas y más vueltas.

Admirados y atraídos por su tenacidad, ignoro cuánto tiempo habríamos estado contemplándola, si la buenaza de mi sobrina no me hubiese hecho observar que la hora de volver á su colegio comenzaba á aproximarse.

—Tienes razón, acabemos de ver la feria.

Recorrimos, en todas direcciones, la extensa y bulliciosa plaza; escuchamos á los saltimbanquis, embaucadores y dueños de fenómenos, cuya pintoresca oratoria y grotescos ademanes no se cansaban de gestionar al público; vimos hipnotizar á una sonámbula; involuntariamente nos estremecimos al oír el rugido de las fieras; pasamos de prisa y sin mirar junto á un tablado sobre el cual, armando un zipizape de los infiernos y al fragor de destemplados instrumentos, varias parejas de payasos y bacantes se entregaban á un desenfrenado bailoteo; nos detuvimos ante algunas barracas, leyendo sus cartelones y comprando diversas chucherías, y ya íbamos á retirarnos, cuando le ocurrió decir á mi sobrina:

—Volvamos al tío vivo, á ver si aún está la vieja.

Con efecto, montada en el mismo caballo, guardando igual actitud y conservando idéntica expresión, tal como la habíamos dejado, allí la encontramos dando vueltas.

Media hora más tarde, al ser recibida por aquellas francesas monjas, me dijo la niña en español.

—El jueves, cuando vengas á verme ya me dirás si continúa dando vueltas *la vieja del tío vivo*.

* *

A la tarde siguiente, como el real de la feria se hallase establecido en las inmediaciones de la pensión inglesa donde me hospedaba, volví á pasar por allá, y al acercarme al tío vivo, lo primero que vi resaltando sobre la rueda de jovenzuelas y de niños, fué á la vieja señora, cual si para ella no pasaran noches ni días, montada en el mismo caballo y dando en él las mismas vueltas.

Picada mi curiosidad, volví aquella noche después de comer. Comiamos á las siete y aún era temprano. El tío vivo, cubierto con una inmensa funda de lona, estaba á oscuras y desierto; pero junto á él, completamente sola, arrebujada en su amplio chal, echado al rostro el negro velillo del sombrero, nerviosa la actitud, impaciente la mirada, veíase á la vieja aguardando que encendieran las lámparas y reanudaran las sesiones. No bien esto se hubo verificado, con la agilidad de una niña; lanzóse la primera sobre su caballo y comenzó á dar vueltas y más vueltas...

Aquella extraña vieja había llegado á ser para mí una verdadera obsesión. Nadie, si así se considera, habrá de admirarse, pues, de que volviere yo á la otra tarde á acercarme al tío vivo, y me la encontrase, como de costumbre, dando sobre el mismo caballo de madera las vueltas consabidas. Esta vez, una circunstancia inesperada vino á convertir mi curiosidad en interés. No lejos del aparato, un nutrido grupo de concurrentes á la feria rodeaba á un caballero, ya entrado en años y de porte distinguido, que hablaba con una señora poco más ó menos de su misma edad y apariencia. Uníme al grupo, casualmente cuando el caballero, nervioso y procurando dominar su excitación, profería estas palabras.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? Inútil es contrariarla y peor sería aún arrebatarle ese consuelo

—Sin embargo...

—Mi hermana, no lo ignora usted, fué, allá en sus verdes años, una amazona empedernida. Desde que, más tarde, paseando con ella una mañana, se desbocó el potro de su hija, á la cual enseñaba á montar, y fué ésta á estrellarse contra la tapia de un cercado, se obscureció su entendimiento y no ha hecho cosa buena. Faltos de valor para notificarle el horroroso estado en que encontramos á la desgraciada niña, y aprovechando la circunstancia de haberla ella perdido de vista en la carrera, engañamos á la madre con la piadosa mentira de que su hija, con el escaso seso de sus cortos años, había corrido en pos de cierto doncel que la enamoraba, y que, tarde ó temprano, volvería al hogar materno. Perturbóse su razón, al ver que no volvía, y desde algún tiempo acá, no puede ver un caballo, aunque sea de madera, sin que la acometa la monomanía de montar en él para volar en busca de la hija que perdió. Su locura es no sólo inofensiva, sino hasta consoladora, y por eso la dejo en ella. Todos los días vengo á la feria ó mando, si no puedo venir, alguien que á hurtadillas cuide de mi pobre hermana, y pago el gasto ocasionado por su inocente distracción. Eso es todo, eso es lo único que, viuda ella, creo poder hacer en su favor.

—¡Pobre señora! ¡Pobre señora!, dijeron los del grupo al dispersarse.

—¡Pobre señora!, dije yo también, viendo ya des- cifrado el curioso enigma de la infortunada vieja.

* *

La feria de P***, una importante y concurrida ciudad francesa, dura casi todo el mes de noviembre y parte de diciembre, hasta que el frío y las lluvias ahuyentan á los feriantes. A las once de una ya cruda noche de este último mes, al retirarme, acerté á pasar por el real, y un sentimiento no ya de curiosidad, sino de piadosa conmiseración, me impulsó á acercarme al tío vivo. Este había cesado de rodar, las lámparas estaban apagadas, los concurrentes á la feria se retiraban á sus hogares, el silencio y la obscuridad comenzaban á enseñorearse de la extensa plaza, y no obstante todo ello, gallardamente montada á mujeriegas sobre su caballo de madera, aún se veía á la pobre vieja esperando, al parecer, un nuevo impulso de la máquina.

—¡Eh, señora, señora, se va á cubrir el aparato!, gritó una voz entre las sombras.

La interpelada no contestaba ni se movía.

Algunos concurrentes rezagados, entre ellos el distinguido caballero de la otra tarde, se lanzaron hacia la amazona, y yo hice otro tanto.

La infeliz tenía las manos heladas; la tez, lívida; los ojos, fijos y vidriosos; el cuerpo, inmóvil y rígido. Una sonrisa angelical entreabría sus descoloridos labios y una expresión de suprema felicidad animaba todavía sus facciones.

¡Al fin había encontrado á su hija!

JUAN TOMÁS SALVANY.

(Dibujo de Triadó.)

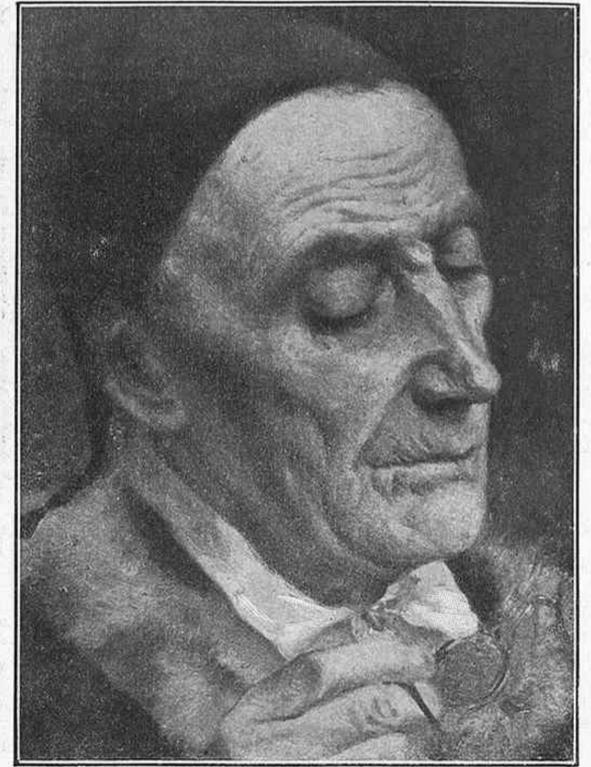
EL PINTOR BELGA EDMUNDO VAN HOVE

Es innegable la influencia que ejerce el medio en que se vive: sugiriéndonos esta afirmación el simple examen de las obras del artista belga Edmundo Van

sus edificios públicos, ese ambiente imperecedero de los tiempos góticos, tan grande y tan potente que inspiró a los Van Eyck y los Memling y que produjo aquella admirable escuela, en cuyo clarísimo celaje brillan como astros de primera magnitud Cristus, Mostaert, Maes, Van Oost, Glaeissens, Gerard David y otros más, había de impregnar el espíritu del pintor á que nos referimos de esas tendencias y conceptos que se manifiestan en la conjunción, armónica y razonada, de ese ayer que tanto admiramos con la actualidad representada por la depuración del gusto y la pulcritud del procedimiento.

Basta examinar la prodigiosa labor de Van Hove para comprobar la exactitud de nuestras aseveraciones. Véanse en el grabado de la página siguiente los tipos que evocan el recuerdo de épocas que pasaron y que representan la *Iluminadora*, el *Cincelador*, el *Geógrafo*, el *Sabio*, el *Burgomaestre*, el *Alquimista*; examínense otros muchos que se conservan en los diferentes museos públicos y en las colecciones particulares de las principales capitales de Europa, y podrá apreciarse en su justo valor el esfuerzo y la inteligencia de ese artista arqueólogo, que de modo tan admirable evoca é interpreta el recuerdo del pasado. Parece como si Van Hove con su minuciosidad de procedimiento, con su habilísima y magistral ejecución, se hubiese impuesto la misión de hacer resurgir caracteres y tipos que pasaron, que sin perder sus rasgos distintivos perdieron su rigidez é inmovilidad. De ahí que se le apellide, con notoria exactitud, el Memling moderno.

Otro aspecto ofrecen las obras de Van Hove, además de sus admirables tipos de burgueses, artífices, sabios y matronas, tan reposados y graves, tan bellos como interesantes, representados con sus trajes y útiles de trabajo ó con sus galas domingueras, reproducidos con minuciosa exactitud, cual es el de sus cuadros religiosos. Véanse sus representaciones de la augusta madre de Jesús, y se apreciará sin esfuerzo alguno el



Un sabio, cuadro de Edmundo Van Hove

con los recursos de la escuela en que milita. Como en las obras de Memling, obsérvese la cuidadosa representación de los más nimios pormenores, igual respeto en la forma de expresión, en la concienzuda manera de ejecutar, pero con exclusión absoluta de cuanto pueda incurrir en lo vulgar. Por eso no representa sus Vírgenes en un pobre establo, ni reposando en un suntuoso trono. Halla un medio más humano y más característico, que revela el alma de su país, cual es la vivienda burguesa, que sintetiza ese hogar sagrado que dignifica el pueblo flamenco, modesto y confortable, por cuyas entreabiertas ventanas penetran el aroma de sus encantadoras flores y la luz que anima y vivifica.

La Virgen madre se destaca, pues, en ese interior religioso-profano, embellecido con las líneas de una arquitectura indígena, en medio de ese ambiente simpático, poetizando el más sublime de los amores, bella en su doble aspecto, intensamente humano, con la misma hermosa expresión de una joven madre flamenca, resultando una mezcla de naturalismo y de poética concepción.

Difícil sería enumerar los triunfos que ha obtenido Van Hove en el transcurso de su carrera artística. Bastará consignar que sus obras figuran en la mayor parte de los museos de Europa y que ha obtenido las primeras recompensas en cuantas exposiciones ha tomado parte. Entendemos que su labor es altamente patriótica y digna de encomio. Por este motivo no hemos titubeado en dar á conocer su personalidad, tributándole el homenaje á que tiene derecho por sus indiscutibles méritos, que enaltecen á su país

Hove. Las condiciones especialísimas de los naturales de aquel país, que se han traducido en sus artes, y la alta significación de la escuela flamenca, refléjense en las producciones de aquel artista. Tal vez, sin darse de ello cuenta, inclinóse Van Hove, allá en los comienzos de su carrera artística, hacia todo lo que informaba el espíritu, la tendencia de su pueblo y de su raza, sin poseer todavía la educación artística ni conocer las obras capitales de aquellos célebres pintores que tanto enaltecieron el arte flamenco.

Y así lo decimos, porque al trocar en sus juveniles años sus trabajos de decorador, á que equivocadamente le condujeran los consejos de sus mayores, por otras interpretaciones artísticas más en armonía con su carácter y sus inclinaciones, ya demostró que se hallaba saturado de ese sentimiento, de esa finalidad que caracteriza el arte privilegiado de aquel país.

Cierto es que Brujas, la ciudad en donde nació en 1857, constituía el medio que tanta influencia había de ejercer en el artista. Ese sentimiento medioeval, religioso ó profano, que todavía pregonan sus templos y

empeño del artista, que retrotrae el goticismo pictórico, despojado de su rígida frialdad y embellecido

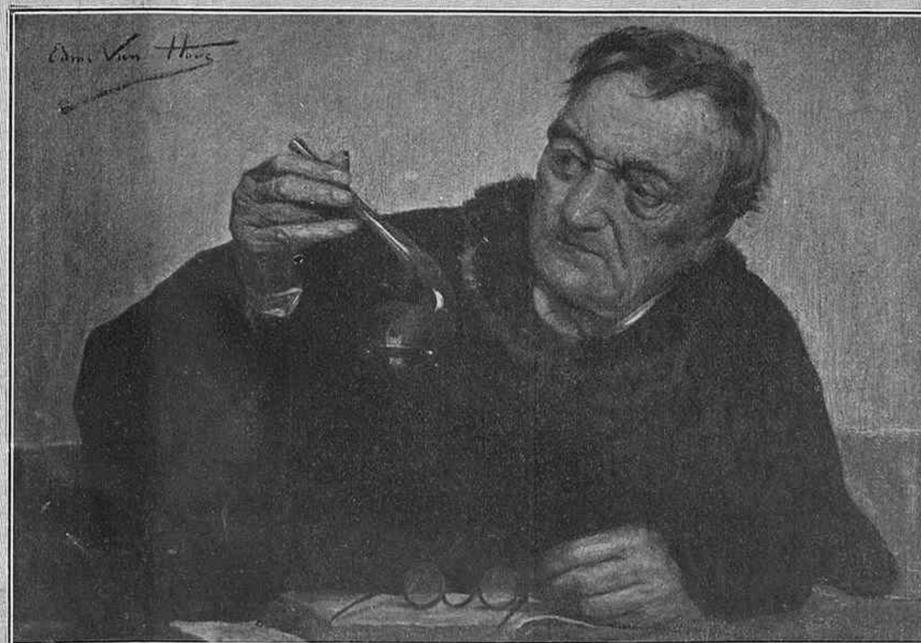
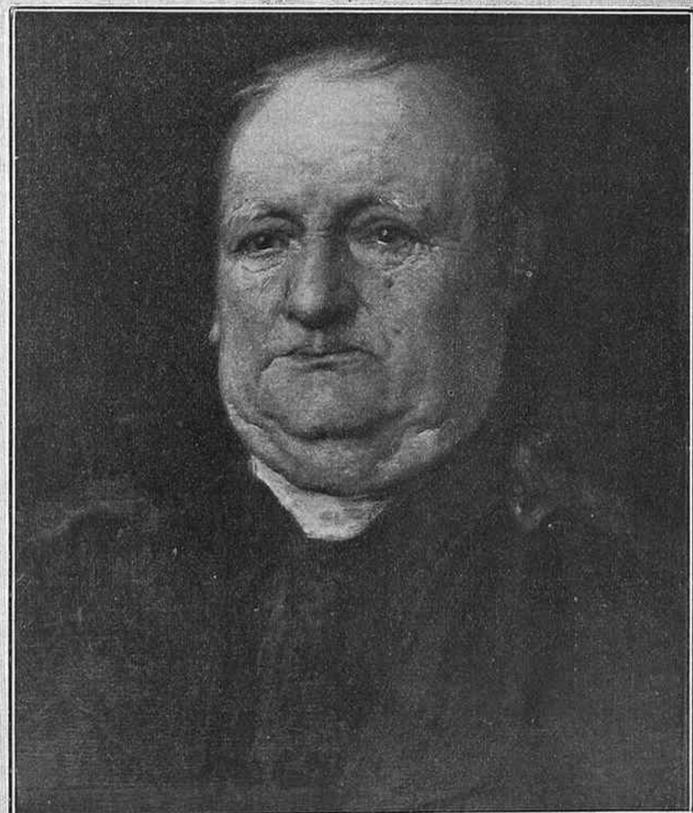
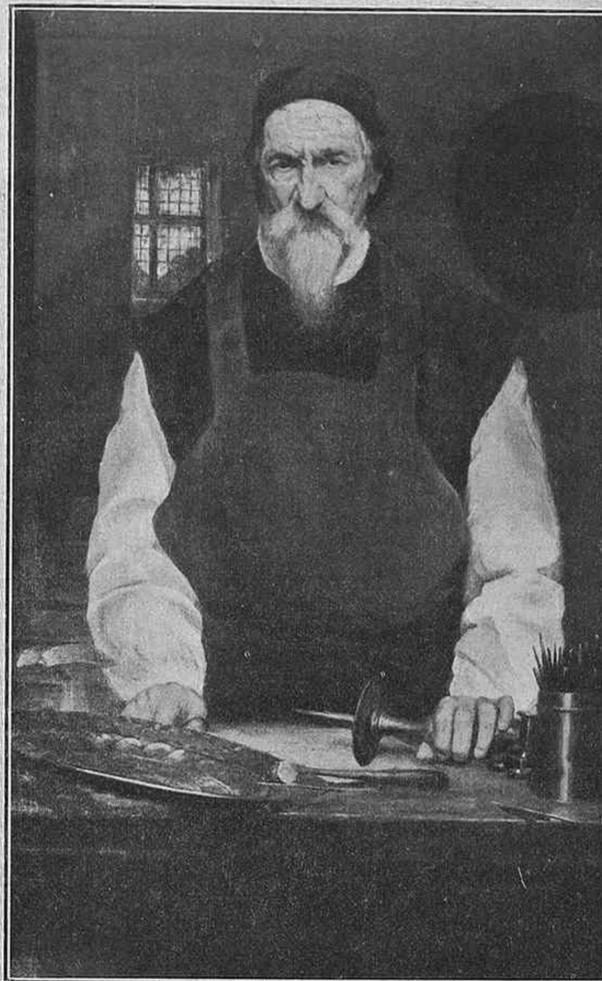
y contribuyen á la glorificación de la escuela que ha formado tan preclaros artistas.—A. GARCÍA LLANSÓ.



El pintor belga Edmundo Van Hove en su taller



Comentarios, cuadro de Edmundo Van Hove



CUADROS DEL PINTOR BELGA EDMUNDO VAN HOVE



A TRAVÉS DE LOS MUSEOS DE EUROPA

MURILLO

Nuestro gran pintor sevillano, de quien dice un crítico francés que en tierno misticismo no ha sido sobrepujado en ninguna otra escuela, y que es el pintor sobre toda excelencia del Niño Divino y de las Inmaculadas Concepciones, cuenta en el extranjero varias obras notabilísimas, algunas de ellas casi desconocidas de los españoles.

En el reciente viaje que á través de Europa he realizado pude admirar una vez más algunas de esas obras y conocer otras de las cuales no tenía yo memoria, y que no mencionan (por lo menos yo no lo recuerdo) ni Cean, ni Viardot, ni ninguno de los biógrafos de Murillo que he leído. El malogrado crítico Luis Alfonso, en su libro sobre el pintor de las *Concepciones*, á pesar de la labor de rebusca que realizó para completar la lista de los trabajos de su egregio biografiado, dejó en el tinte algunos de importancia. Sin embargo, es preciso confesar que con ser Goya casi contemporáneo nuestro, bastantes retratos y cuadros (cierto que no de gran tamaño) que de su paleta surgieron yacen olvidados ó perdidos. En este particular, Murillo ha sido más afortunado; y aun cuando palidezca un poco su gloriosísima aureola ante la admiración que hoy se le dispensa á Velázquez y al hijo de Fuendetodos y la que comienza á despertar el extraño nombre del *Greco*, el entusiasmo que por Murillo existe en el extranjero es tan grande como legítimo.

La *National Gallery* de Londres cuenta cinco lienzos del inmortal sevillano; en dichos lienzos se revelan con claridad pasmosa las dos condiciones principalísimas de la personalidad artística de Murillo: el realismo de la forma y de la factura, y el ensueño, la visión de lo sobrenatural. Nada más realista, más lleno de vida, más firme de dibujo y de toque que aquel muchacho que bebe en una escudilla de barro y que señala el catálogo con el título de *A boy Drinking*; nada más delicado, más bello, más encantador, más candido, que el lienzo *San Juan niño con la oveja*, motivo querido del pintor, pues con variantes de mayor ó menor importancia lo repitió varias veces. Aquel *Sz. John and the Lamb* es una maravilla de realidad y de

sentimiento; realmente, esta es la joya que la *National Gallery* posee de Murillo. Los otros lienzos, alguno de ellos como la *Natividad de la Virgen*, pertenecen—por lo menos éste, seguramente—á la época en que habiendo regresado el artista á su ciudad natal, después de haber copiado y admirado en Madrid



La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Murillo,

á los venecianos y á los flamencos Rubens y Van Dyk, allí, así como en Munich y en el *Ermitage* en San Petersburgo, varios de aquellos realísimos tipos calle-

bía encontrado todavía y de un modo definitivo su manera personal. Los restantes cuadros son una *Sagrada familia* y un tipo de muchacho campesino, bella y firmemente ejecutado.

Hermoso, lleno de vida, altamente místico, es el cuadro, de gran tamaño, que de nuestro pintor guarda el magnífico Museo de Dresde. Cierto que también en este lienzo la personalidad de Murillo, en cuanto al color y al claroscuro, no se acusa limpia de la influencia que sobre él ejercieran los maestros arriba citados. Pertenece *La muerte de Santa Clara*, que este es el cuadro á que me vengo refiriendo, á la época misma en que pintó la *Natividad de la Virgen* del museo londinense; pero ya más cercana al momento de la completa liberación del genio del artista. La unidad en el color, la franqueza en el toque, la suave armonía en el ambiente de la parte que ocupa el cuerpo de la santa, acusan ya las condiciones que más caracterizaron la manera del insigne sevillano. La galería de la capital de Sajonia tiene este cuadro por una de las grandes obras maestras de que se enorgullece, y con justicia.

Pintó Murillo *La muerte de Santa Clara* juntamente con otros diez lienzos más para el claustro pequeño de los Franciscanos de Sevilla. Del claustro pasó á manos extranjeras; de éstas á poder del coleccionista Aguado, quien se lo cedió al marqués de Salamanca; de la galería del célebre banquero fué á parar á la real de Dresde. La galería de Salamanca proporcionó á los museos de Europa un regular contingente de lienzos de Morales, de Murillo, de Zurbarán, de Ribera y de Cano; muchos amantes del arte lo deploraron; yo creo que las obras de los inmortales pertenecen á todo el mundo.

Sin embargo, una obra capital del autor de *Santa Isabel de Hungría curando á los leprosos* existe en el extranjero, que con otros dos lienzos como el titulado *La cocina de la Virgen*, no costaron ni un céntimo á sus actuales poseedores. La famosa *Concepción* del Museo del Louvre, que es la obra capital á que aludo—y no digo *capital* porque crea que es la más hermosa producción de Murillo, sino por ser una de ellas—pasó del templo para el que fuera pintado al bagaje del ejército francés que operaba en Andalucía en 1809; y de poder del mariscal Soutt, al Louvre. Bien está allí, así como el niño mendigo conocido por *El piojoso* y *La cocina de la Virgen* y *La Sagrada familia*, muy poco parecida en composición y en ejecución á la de la Galería Nacional de Londres, y el bellissimo medio punto *El nacimiento de la Virgen*, pinturas casi todas de la gran época de Murillo. Bien están

jeros, de muchachos en su mayoría, que el famoso artista estudiaba y retrataba en su primera época de pintor. Al penetrar el visitante en las salas donde esas joyas se custodian, advierte y aprecia desde el primer instante toda la originalidad, toda la personalidad de un maestro que no tiene parecido con ninguno, siendo colorista como los flamencos y los venecianos, realista como Zurbarán ó Ribera, evocador de las místicas y dulcísimas figuras que pueblan el Paraíso celestial, como el Angélico, y el único que, con Dante, vió la luz cegadora del Empíreo.

A la época en que Murillo pintaba sus famosos lienzos *La visión de San Bernardo* y *San Ildefonso recibiendo la casulla milagrosa* pertenece el cuadro que figura en la sala de Apolo de la famosa galería Pitti de Florencia y que se reproduce en la página 782. Por rara excepción, que yo creo singular, en esta obra de un realismo inmenso y de una dulzura espiritual no menos grande, Murillo eliminó aquellos grupos de angelotes, de *puttini*, que dicen los italianos, que parecen descender del cielo envueltos en áureas nubes, juguetones como corderillos, blandos y rosados, y que forman el obligado y único coro y la única corte que canta alabanzas y acompaña en su vuelo á través de las nubes á la *Concepción*, preside el nacimiento de la Virgen y rodea al Santo de Padua.

Parece este cuadro de la galería Pitti un himno á la maternidad, á la juventud y á la infancia; parece y es un himno entonado en honor de la vida, del santo amor de la madre. Todo en este lienzo es real; ni un detalle tan sólo existe que pueda filiarse como imaginario, como idealizado. Desde las figuras hasta el fondo, de una simplicidad soberana, la verdad tangible lo señorea enteramente. Es una obra donde Murillo, realista antes que místico (yo nunca he considerado al gran pintor como místico, en el sentido que la crítica entiende esta palabra), revela al mismo tiempo que su temperamento, la característica del genio nacional. Si es altamente espiritual la emoción que el lienzo de la galería Pitti produce, débese á la delicadeza del sentimiento expresado por Murillo de modo tan soberano.

Frente á este cuadro hay otro en la misma sala y también debido al pincel del gran maestro andaluz, que yo he contemplado siempre con verdadero arrobamiento. Representa la *Virgen del Rosario*, y la cabeza de la Virgen bien vale lo que la de la famosa *Assunta* que de Ticiano se admira en la galería de la *Accademia de Belle Art* de Venecia. Lucas Giordano quiso emular el lienzo de nuestro compatriota pintando otra gran tela con la misma ó parecida composición; mas faltóle al gran decorador, al insigne maestro, que no por haber sido en muchas ocasiones amanerado y escaso de sentimiento, dejó por eso de producir obras geniales, faltóle, repito, la firmeza de dibujo, la solidez de color y la poética intuición de la alianza de lo real con lo ideal, que como Lefort advierte atinadamente, hace á Murillo único en su expresión y manera. La obra de Giordano pasó de Florencia á Nápoles, y hoy se le mira en el Museo Nacional de la bella ciudad del Tirreno.

Una confesión dolorosísima para mí voy á hacer, y que sin embargo hago porque me obliga á ello mi

sinceridad. Conozco casi todos los museos de Europa y algunos del Norte de América, y claro está que he visto todo ó casi todo cuanto de Murillo existe desperdigado por las galerías de arte extranjeras. Co-

hay fuera de España y no conocer los que existen en la ciudad natal del pintor, es un colmo. Ciertamente, aun cuando yo no conociese más que *La revelación del sueño del Patricio*, *El sueño del Patricio*, las *Concepciones* del Museo del Prado, *Santo Tomás de Villanueva*, *La visión de San Bernardo* y por último el estupendo lienzo *Santa Isabel de Hungría*, ya podría darme por enterado; felizmente conozco algo más de Murillo que ni sus propios paisanos, salvo rara excepción, conocen; varios retratos pintados por el gran pintor, y que en nada ceden á los más preciados de Rembrandt y Velázquez. Nueve icónicas que guardan como oro en paño las colecciones londinenses Wellington, Speuer y Haupter, y que rebasan en tercio y quinto el retrato que del Padre Cavanilles posee el tantas veces citado Museo del Prado.

R. Balsa de la Vega.

LA ISLA DE LOS ALBATROS

Perdida en medio del Océano Pacífico, á 1.600 kilómetros de Honolulu, la isla de Laysán es un verdadero paraíso para las aves marinas, pues raras veces la visita el hombre; en cambio, hay en ella innumerables colonias de albatros.

Hasta hace pocos años, vivían éstos felices en dicha isla; pero desde que se formó una compañía inglesa para la explotación del guano acumulado en aquella roca desierta, cesó la tranquilidad para las pobres aves. Los agentes de la Sociedad se apoderan periódicamente de la mayor parte de los huevos, que son transportados á Honolulu, cuyos indígenas los aprecian como verdaderas golosinas.

Los albatros se alimentan exclusivamente de pequeños crustáceos, de moluscos marinos y de medusas, pues no son bastante ágiles para apoderarse de los peces.

Los navegantes se aprovechan de la voracidad de los albatros para apoderarse de ellos. Desde una embarcación que no ha de andar más que cuatro ó cinco nudos, sueltan una cuerda larga y fuerte, á cuyo extremo fijan un anzuelo cebado con un trozo de tocino salado y crudo. Cuando el albatros se ha tragado el anzuelo, sus compañeros le rodean gritando desaforadamente; para matarlo es preciso clavarle una aguja en la cabeza ó darle un fuerte bastonazo en la nuca.

La carne del albatros es oleosa y despiden un olor desagradable; los mismos insulares oceánicos no pueden comerla sino después de haberla puesto veinticuatro horas en agua de mar y otras veinticuatro á la acción del viento.

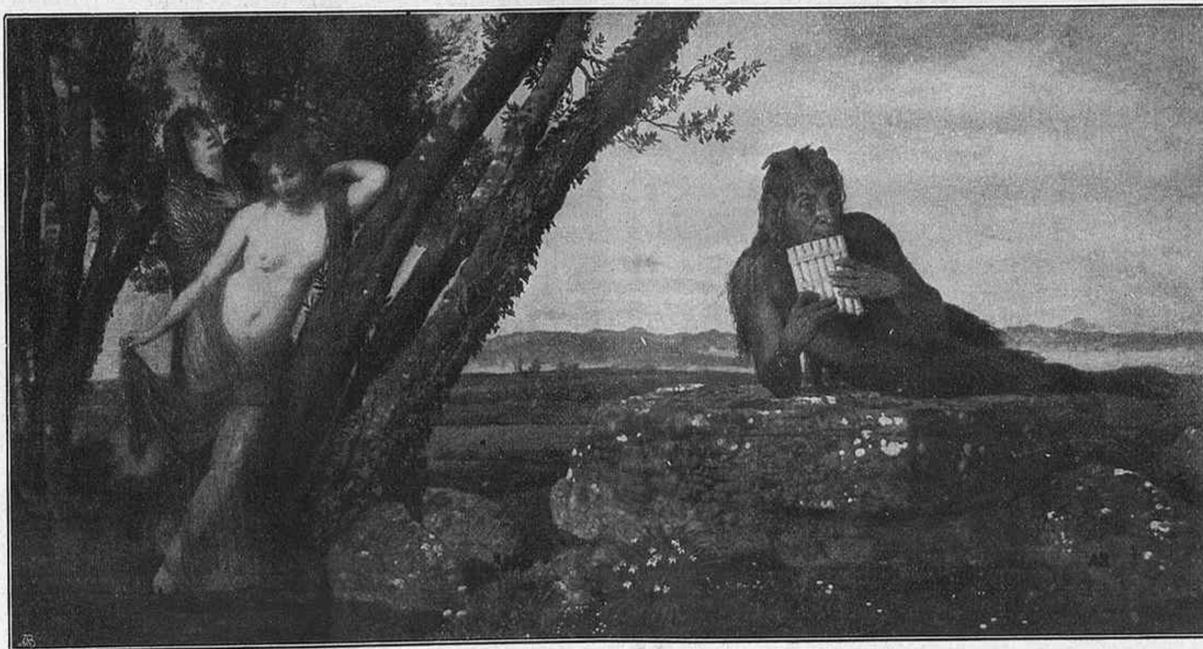
Los albatros se reproducen en los meses de noviembre y diciembre; su nido consiste en una simple excavación practicada en el suelo y cubierta á veces con trozos de caña ó con hierbas secas. Cada hembra no pone más que un huevo; éste es blanco, mide 13 centímetros y pesa

860 gramos por término medio. Los polluelos nacen en enero y sus padres no los cuidan mucho tiempo, ya que en marzo ó abril emprenden una excursión marina que dura hasta octubre. A su regreso, las parejas, después de haber acariciado á sus crías, las obligan á abandonar el nido, lo que aquéllas no efectúan sino á la fuerza, después de haber regalado á sus padres muchos picotazos, lo que no es óbice para que, á la expedición siguiente, los acompañe en su travesía del Océano.—S. B.



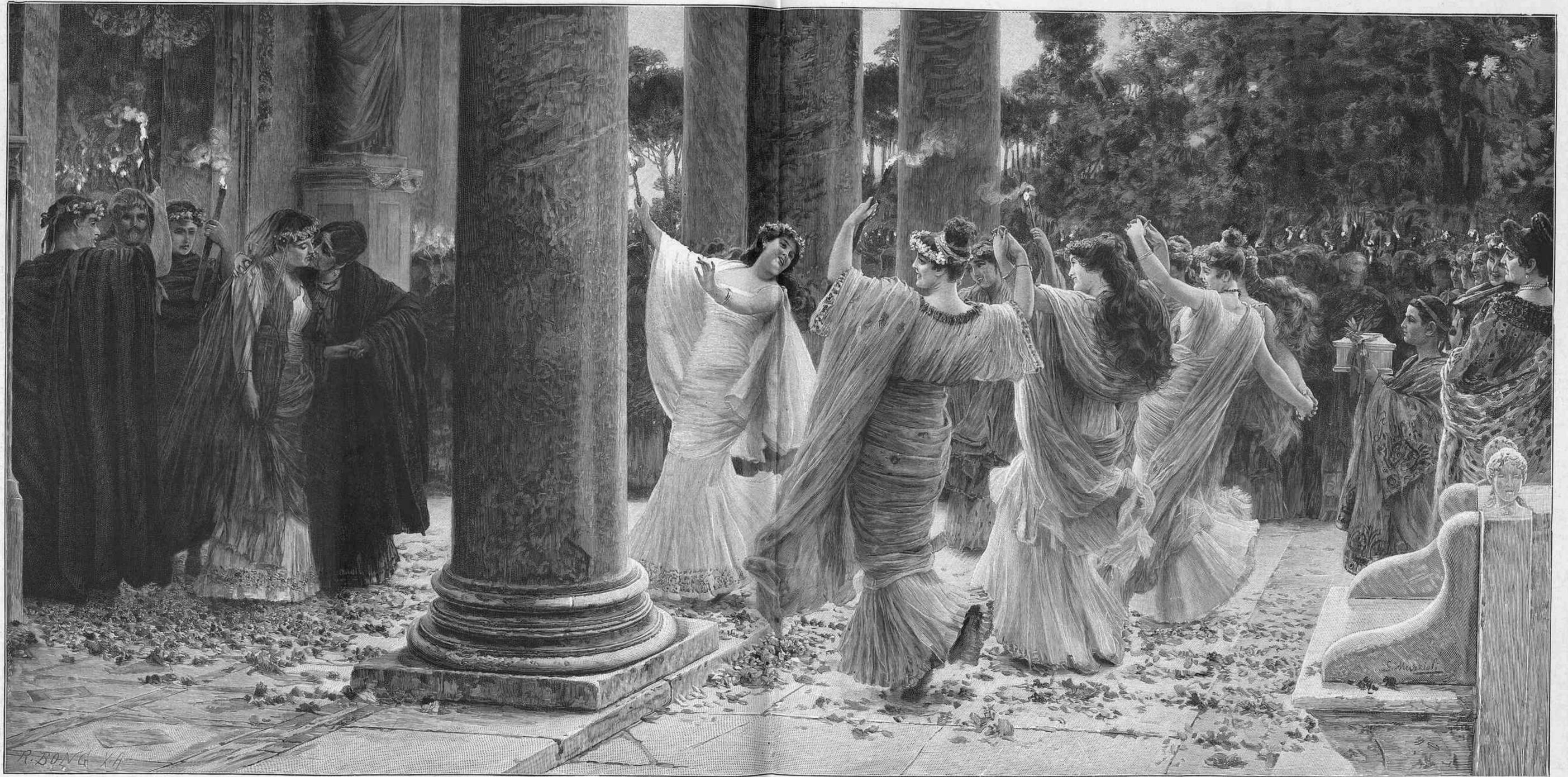
Beethoven, busto en bronce de Naum Aronson (Reproducción autorizada por el Sr. Casper, de Berlín.)

nozcó hasta sabérmelos de memoria todos los cuadros que del excelso pintor existían en la Academia de Bellas Artes, en poder de muchos particulares y los que de antiguo contiene el Museo del Prado; pero no conozco el Museo de Sevilla, donde juntamente con otros lienzos se halla el que representa la fotografía de la página anterior. Con vergüenza lo confieso: esa joya, que á juzgar por la reproducción debe



Tarde de primavera, cuadro de Arnoldo Boecklin

ser un encanto de color y una maravilla de dibujo, de realidad y de vida, no la he visto, como no he visto lo que de Murillo existe en la ciudad del Guadalquivir, ni el *Descendimiento* del Campaña, que admiraba tanto el pintor de las *Concepciones*, ni los cuadros de Herrera el *Viejo*, pintor que me enamora, ni nada, en fin, de cuanto existe en Sevilla..., por la razón de que nunca me detuve en la Florencia española. Y realmente, hablar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de los cuadros de Murillo que



UNA BODA EN LA ANTIGUA ROMA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE G. MUZZIOLI, GRABADO POR RICARDO BONG

MATÍAS BATTISTINI

Presentábase ese artista ante el público barcelonés precedido de gran fama, conquistada en los primeros teatros del mundo, y desde que cantó las primeras frases de *Maria di Rohan*, pudo verse que no eran exagerados los juicios eminentemente laudatorios que acerca de él se conocían. Entre sus antecesores en el desempeño del papel de duque de Chevreuse, la tradición había consagrado en Barcelona los nombres de Ronconi, que, en 1846, estrenó la ópera de Donizetti en el Teatro de Santa Cruz, hoy Principal, y de Pandolfini que la cantó muy posteriormente; con su recuerdo había de luchar el Sr. Battistini, y sin embargo el triunfo de éste ha sido completo y tanto más meritorio cuanto que el gusto del público ha sufrido en unos pocos años un cambio radical, predominando hoy aquí, como en todas partes, tendencias poco propicias al género á que *Maria di Rohan* pertenece.

Cuantas cualidades pueden exigirse á un artista de ópera reúnelas en grado eminente el barítono Sr. Battistini: posee una voz hermosa, y canta como consumado maestro, interpreta el personaje como actor excelente, posee una figura arrogante y viste con tanto lujo y elegancia como propiedad. En la romanza del primer acto, en el dúo con el tenor, del segundo, y en la romanza y sobre todo en el dúo con la tiple, del tercero, rayó á gran altura, arrebatando al público que llenaba el gran teatro del Liceo y que le tributó una serie de ovaciones entusiastas.

LA MEDALLA DE PREMIO

DE LA

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE MILÁN

Esa medalla, obra del joven escultor italiano Castiglioni, premiada en un concurso, ha merecido muchos elogios, no sólo por su perfección artística, sino también porque sintetiza muy acertadamente el carácter de la exposición recientemente celebrada en Milán. En el anverso, hay la figura de la Ciencia, con la mano izquierda apoyada en un libro y en actitud de besar en la frente á un hombre que simboliza el Trabajo y que empuña un martillo; en una pequeña cartela se lee el siguiente lema: *Labor Scientia auxilio gloriam consequitur*. En el reverso, en ligero relieve, se ve la fachada de ingreso principal en el recinto de la exposición, sobre la cual extiende sus hojas una rama de laurel; en el exergo, en tres líneas, *Exposizione Internazionale - Milano 1906*.

de vida que sólo los grandes genios logran imprimir en ella. Sus bustos retratos son admirables; Tolstoy, después de haber visto terminado el suyo dijo á Aronson: «Vos sois el primero que en mí ha comprendido al pensador.»



BARCELONA. — El eminente barítono MATÍAS BATTISTINI, que actualmente canta con éxito extraordinario en el Gran Teatro del Liceo. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—TRENTO. — El retrato del cardenal Maddruzzo, pintado por Tiziano, que era propiedad del barón Salvadori, ha sido adquirido recientemente por un norteamericano que ha pagado por él 200.000 liras.

BARCELONA. — *Salón París.* — Han expuesto recientemente: Ivo Pascual, varios paisajes hondamente sentidos, entre los que sobresalen los titulados *Mont-Saint*, por su grandiosidad, y *Ermita y Arbre florit*, por su poesía; Juan Baixas, una numerosa colección de paisajes y figuras, al óleo y á la acuarela, muy bien ejecutados; Melchor Domenge, algunos paisajes bien observados y muy justos de color; y la Srta. Malagarriga, una bien trazada figura de hombre.

NUREMBERG. — El conde Enrich de Leinigen-Westerburg, fallecido hace poco en Munich, ha legado al Museo Germánico de Nuremberg su colección de *ex-libris*, compuesta de más de 20.000 ejemplares, que alcanza hasta el año 1720 y que se considera como la más importante de Europa.

BERLÍN. — El gabinete numismático del Museo de Berlín ha comprado por 757.500 marcos (946.875 pesetas) el famoso monetario de Arturo Loebbeck, de Brunswic, que consta de 27.904 piezas, de ellas 341 de oro y 8.444 de plata, y contiene numerosas series de las más raras y preciosas monedas antiguas, especialmente griegas.

Espectáculos.—BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Pierrot lladre*, obra de Apelles Mestres, música de Sadurní y decorado de Castells; y en Romea, *Jordi Erin*, cuadro en un acto y en verso de José Burgas, y *Les enganies del repós*, comedia en tres actos de José Morató.

El Liceo ha inaugurado la temporada con la ópera de Saint-Saens, *Sansone e Dalila*, en la que alcanzaron grandes aplausos la tiple Sra. Verger y el tenor Sr. Biel. Además se han puesto en escena *Maria di Rohan*, en cuyo desempeño ha sobresalido el eminente barítono Sr. Battistini, y *Gli Ugonotti*, en la que han sido muy aplaudidos la Sra. de Lerma y el señor Cortica. Muchos aplausos han logrado también los directores de orquesta Nini-Belluci y Golisciani.

PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en Cluny, *Le major Ipeca*, comedia en tres actos de Moneyz-Eon y Joullot; y en los Bouffes Parisiens, *Le caur de Sylvie*, comedia en tres actos de Gabriel Nigond.

TARDE DE PRIMAVERA, CUADRO DE A. BOECKLIN

(Véase el grabado de la página 783)

«Arnoldo Boecklin, dejamos en el artículo que insertamos á raíz de su muerte, acaecida en 16 de enero de 1901, ha sido uno de los más grandes pintores del siglo XIX y uno de los que mayor influencia han ejercido durante él en la historia del arte; pocos artistas han impreso en su época un carácter tan eminentemente personal como el que él ha sabido imprimir en la suya; pocos han luchado con más fe por sus ideales, ni han demostrado mayores energías en la defensa de los mismos contra rancias preocupaciones.»

Muchas de sus mejores obras han sido reproducidas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todas ellas hemos admirado la potencia de concepción, la originalidad de los temas, el ambiente de poesía, y la maravillosa habilidad técnica, cualidades que observamos también en *Tarde de primavera*, una de esas escenas de faunos y ninfas á que tan aficionado se mostraba y que trataba tan magistralmente el gran pintor alemán.

UNA BODA EN LA ANTIGUA ROMA, cuadro de G. Muzzioli. (Véase la lámina de las páginas 784-785.)

El notable pintor italiano G. Muzzioli evoca en ese lienzo un interesante episodio de la antigua vida romana. Lujosamente ataviada, ceñida á la cabeza la nupcial corona y envuelta en vaporoso velo, avanza la novia acompañada de su madre, precedida de algunos manebros portadores de antorchas y seguida de un grupo de bellas danzantes. Detrás de éstas, un niño lleva la arquilla que contiene las valiosas joyas de la desposada; parientes y amigos forman la animada comitiva, y la multitud se agolpa para presenciar el alegre espectáculo. Llegado al pórtico de la casa del futuro esposo, despídese de su madre, y pisando flores entra en el nuevo hogar que ha de compartir con el hombre amado.

La obra de Muzzioli, por su composición, revela un profundo estudio de la época en que la acción se desarrolla, y en su ejecución se descubre la mano de un maestro. Es, en fin, *Una boda en la antigua Roma* un cuadro muy notable en su género y digno de figurar entre los más celebrados de la pintura contemporánea.

BEETHOVEN, BUSTO EN BRONCE DE NAUM ARONSON

(Véase el grabado de la pág. 783)

El autor de esa obra, joven artista ruso, dió á conocer desde muy niño sus aficiones y sus aptitudes para el arte escultórico; en efecto, á la edad de catorce años hizo una reproducción en yeso de su aldea natal, Kreslava, situada en el Norte de Rusia. Seis años después, fué á París y entró á estudiar en la Escuela de Artes Decorativas; pero á pesar de haber ganado en ella tres primeros premios, pronto se cansó de la sujeción escolar y prefirió completar su educación artística estudiando solo las obras maestras de la antigüedad y del Renacimiento.

Poco después hubo de regresar á su patria para cumplir los dos años de servicio militar; transcurridos éstos, volvió á la



MEDALLA DE PREMIO DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL RECIENTEMENTE CELEBRADA EN MILÁN, obra de Castiglioni

capital de Francia, en donde, agotados sus recursos, hubo de trabajar en algunos talleres para ganarse miserablemente la subsistencia. Un día, cuando más apurado se hallaba, recibió un encargo de 2.000 francos y aquel fué el punto de partida de su fortuna y de su reputación.

La primera obra que expuso en el Salón, *El beso de la muerte*, llamó la atención en alto grado, y al año siguiente fué elegido socio de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

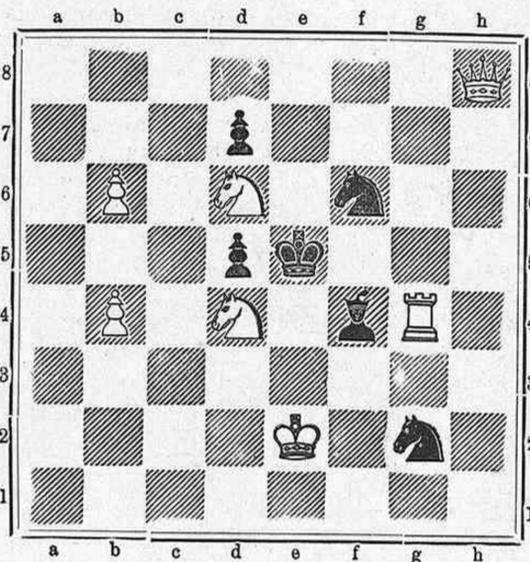
De lo que vale Naum Aronson puede formarse concepto por el boceto de Beethoven que en la página 783 reproducimos y por el de *Vieja silesiana* que publicamos en el número 1.294. Ambas obras demuestran un temperamento firme y vigoroso, de esos que no se satisfacen con el culto á la forma, sino que van más adentro y dan á la materia inanimada la expresión

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 446, POR V. MARÍN.

(11.º premio del Concurso del *Kentish Mercury*.)

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 445, POR V. MARÍN.

- | | |
|------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dh2-f4 | 1. c7-c5 |
| 2. Tc3-d3 jaque. | 2. Cualquiera. |
| 3. P6D mate. | |

VARIANTES

- 1..... e4-e3; 2. Tc3-d3 jaque, etc.
 c7-c6; 2. Df4-f6, etc.
 Ca8-b6; 2. Df4-f5 jaque, etc.

BOUQUET FARNESE VIOLET 20.ª de los Italianos.



Ese es mi mejor amigo, un amigo de la infancia

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONTINUACIÓN)

Desiderio quiso ser nuevamente importuno, sólo que en lugar de obstinarse en pretender que el cartón le reprodujese el rostro que tenía de continuo en el pensamiento y en el corazón, probó de reproducir en la tela y con colores un trozo del jardín por donde paseaba todas las noches.

El éxito no fué entonces mejor que antes. Su paisaje, después de haber regocijado mucho á los pilluelos que se acercaban callandito al pintor y luego se marchaban gritándole una palabra sola, pero significativa, le dijo también á él mismo aquella palabra sincera: «Pintamonas.»

El maestro de dibujo no se lo hizo repetir dos veces, sino que á la primera dejó de pintar, y aquel día fué á la escuela con el susto de pensar que estafaba las pocas liras que le pagaba el municipio todos los meses para enseñar cada noche dibujo de adorno á los galopines, que quizás algún día le gritarian á coro: «¡Pintamonas!»

Fué, sin embargo, un susto pasajero, pues á fin de año el asesor municipal, en una visita que hizo á la escuela, expresó al joven maestro la satisfacción que le producían el adelanto y la disciplina de los alumnos.

¡Ah, sí! En cuanto á la disciplina, el maestro podía estar contento, pero no se vanagloriaba de ella, porque Desiderio era ante todo ingenuo y después de haberse confesado á sí mismo que aquella disciplina no le costaba el menor trabajo, habría sido capaz, muy capaz, de declarárselo así también al asesor.

—Tener á raya á mis alumnos es para mí cosa fácil, porque son buenos y me quieren; pero el mérito está en ellos, no en mí, ¿no te parece?

Esto preguntaba á Esperanza, la cual le contestaba que, por lo que pudiera ser, no se lo dijese á la gente.

Vivían alegres, pudiendo llamarse casi felices, si esta palabra tuviese un significado concreto; pero sí, eran verdaderamente felices, ya que los dos recién casados vivían soñando siempre, aunque poco; y ¿qué es la felicidad sino un sueño hermoso y discreto? ¡Cuántos habían conocido ya, enfermos de esperar, abrasados por la impaciencia, descontentos de la suerte y de sí mismos, y que continuamente parecían despertarse apenas de un sueño audaz!

Coppa, por ejemplo. ¡Ese sí que era un soñador de primera fuerza! Desde que se había ido por el mundo, huyendo del hospicio, no había hecho otra cosa que sembrar aventuras, ejerciendo cien profesiones distintas en cien países diferentes, cruzando todos los mares del orbe terráqueo, enamorándose muchas veces y no alcanzando nunca lo que quería. Aunque vivía con más abundancia de la necesaria, sentía las angustias de un acreedor que no puede recobrar su dinero.

Así lo había sabido Desiderio muchos años antes, cuando se volvieron á ver en Milán, en el teatro de Santa Radegunda; entonces Coppa era un prestidigitador famoso á quien el público entusiasmado contemplaba con la boca abierta; y entonces, como siempre, Desiderio continuaba viviendo de la disciplina de sus escolares y de la disciplina de sus propios sueños.

Porque en aquel tiempo feliz, él también soñaba. Habiendo aprendido á tocar el órgano, se le había metido en la cabeza la idea de que algún día podría ser organista de alguna iglesia para acompañar el oficio y la bendición, antes y después de la lección de dibujo, ya que tenía libre el resto de la noche y podía además disponer, como todo buen cristiano, de los domingos y demás fiestas de guardar.

Cuando Coppa le confió todas las afortunadas vicisitudes de su vida, que aún no había conseguido contentarle, y su propósito inmutable de coger á la fortuna por el moño y de obligarla á darse por vencida, el pobre Desiderio se creyó en el deber de confesar algo también.

—¿Y tú, qué deseas, qué esperas?, habíale dicho Coppa.

—Únicamente la plaza de organista de San Babilo. Aquella plaza desempeñábase á la sazón un viejo sacerdote, bastante delicado de salud, y Desiderio temía que su propia esperanza precipitase la catástrofe de D. Joaquín.

Para tranquilizar su conciencia, no sólo tocaba en lugar del anciano cura sin percibir un céntimo, sino que además todas las noches añadía á la oración aprendida en el hospicio alguna buena palabra para que el Señor concediera larga vida al organista enfermo.

Y porque Coppa, á quien la existencia había enseñado algo más, se había reído de buen humor ante aquella confesión, Desiderio, al acostarse, dijo el Padre Eterno: «Mi corazón está abierto para Vos; si mis intenciones no son justas, corregidlas, Señor, envíadme á vuestro ángel que me ilumine.»

D. Joaquín se había hecho esperar mucho en el paraíso; pero al fin voló á él cuando menos se creía. En los funerales del viejo sacerdote, Desiderio acompañó el oficio de difuntos con la cabeza baja y el corazón oprimido, y al llegar al *De profundis clamavi* dos gruesas lágrimas cayeron entre sus dedos.

Sin embargo, el nuevo organista de San Babilo secó en seguida el teclado, y trabajó de firme con el pedal para confundir en un mismo aturdimiento al organista muerto, al organista vivo, sus cuatrocientas liras anuales y hasta la satisfacción de haber derramado algunas lágrimas.

Cuando Desiderio se sentaba delante del órgano de San Babilo, no acababa nunca; tocaba Palestrina, Marcello y Bach, y á veces, pero sólo después de la bendición en el mes de María, dejaba caer una lluvia de notas alegres que hacía levantar la cabeza á los fieles y los tenía clavados en la iglesia, mientras el sacristán apagaba los cirios del altar mayor.

Esperanza permanecía al pie de la escalera del órgano, siempre dispuesta á estrecharle la mano en silencio, y se lo llevaba de prisa fuera del templo para mostrarle su semblante iluminado por la satisfacción.

—Has tocado como se toca en el paraíso; deja que estemos en casa y verás lo que te daré.

Desiderio se sonreía algo por complacencia, pero más porque sabía lo que en casa le esperaba, un beso, dos, diez besos grandes y tiernos.

Mas por esto se había obstinado en querer ser un organista famoso. Contento con su público de humildes mujeres que nunca se marchaban á cenar hasta que él se lo permitía; contento asimismo con sus discípulos de dibujo, había renunciado de buen grado á los desvarios artísticos para ser simplemente un hombre dichoso.

La raya de oro pálido del pavimento había desaparecido, y retumbaba el trueno anunciando la acostumbrada tormenta de cada mañana. Desiderio, indi-

ferente á todo, alargó el brazo y su mano tropezó con la carta puesta al otro extremo de la mesita.

Los sellos y el timbre de correos dijeron el anciano que aquella carta voluminosa procedía de Buenos Aires; y la escritura del sobre le anunció que se preparase á leer las grandes empresas acometidas por Coppa durante aquellos últimos meses.

Y parecióle á Desiderio que algo ó alguien sonreía en su alma.

Arrancó lentamente el sello de lacre de manera que el sobre no se rompiese, y se puso á pensar cuánto tiempo hacía que Coppa no le daba noticia de sus hazañas. Hacía á lo menos seis meses; la última vez había escrito desde Nueva York, en uno de cuyos teatros había reanudado sus ejercicios de magia blanca y negra, después de haber vendido por poco dinero un pozo petrolífero en el Canadá, porque se había cansado de vivir en medio de los bosques de Petrolea.

Mientras esto pensaba, Desiderio había sacado del sobre y desplegado delante de sí el papel; mas cuando quiso leerlo, cayósele de las manos á las primeras palabras y se le llenaron de lágrimas los ojos, porque la carta empezaba así: «Mis buenos amigos.»

De modo que Coppa ignoraba la tristeza que había invadido aquella alma antes contenta; en verdad, nada podía saber, ya que, después de la desgracia, Desiderio se había vuelto perezoso y soñoliento y apenas despertaba de su taciturna melancolía para llenarse los oídos y la mente de las solemnes notas de Bach.

Un relámpago iluminó la sombría estancia, y en seguida resonó un trueno tremendo y largo como la ira divina y comenzó á llover con ímpetu.

Desiderio se levantó para cerrar la ventana y se entretuvo un rato contemplando, al través de los cristales, las gruesas gotas que, rebotando en el antepecho, parecían animadas de una alegría furiosa; pero no se sentía invadido por aquella furia, no gritaba, no batía palmas, como en más de una ocasión hiciera en compañía de su muerta, y sólo cuando la lluvia cayó con aquella pausada solemnidad tan adecuada á su propio sentimiento, fué á sentarse ante el viejo armonio que le repitió los acordes del *De profundis*.

Cuando cesó la lluvia y entró en la pequeña estancia un rayo de sol, Desiderio secó el silencioso teclado; ya no lloraba, ya podía escuchar lo que desde Buenos Aires decía Coppa á sus buenos amigos.

II

«Mis buenos amigos: La última vez que os escribí parecíame ser joven todavía; hoy me siento viejo, aunque desde entonces apenas hayan pasado seis meses. Hasta hace poco, créime amo de la suerte, y después de no haber dudado ni un momento de que mi ambición se realizaría, hoy que por fin se ha realizado, tengo miedo de haber equivocado el camino. Durante toda mi vida no he aspirado más que á la riqueza; ahora soy rico y sin embargo no soy dichoso, al contrario, porque me arrepiento de haber malgastado tanta vida y tanto afán en perseguir una sombra. No obstante, diréis, te queda la satisfacción de ver logrado tu propósito; pero no, ni esto siquiera me queda, ya que no debo la riqueza á mi trabajo, á una idea mía, sino que se la debo á la fortuna ciega é imbécil que por un peso me ha puesto en el bolsillo cien mil.

«¿Queréis saber cómo ha sido esto? Pues que me ha tocado el primer premio en una lotería. Y sin embargo, mi antigua tristeza subsiste en una nueva forma. Vosotros no sabéis, mis buenos amigos, todo cuanto pueda á sí mismo confesarse un hombre de quien la fortuna se ha mofado durante largo tiempo. Importábame ser fuerte y por ende mostrarme seguro de todo lo que hacía; hoy, empero, contemplo mi vida mal empleada y me confieso con vosotros, que sois buenos y me tenéis algún cariño.

«Sí, he despilfarrado lo mejor de mis facultades. Tenía talento y ¿qué he hecho de él? Muchas cosas equivocadas y una sola conseguida, ser prestidigitador. He tenido y siento que aún tengo un poco de fuerza, he sido amigo de la verdad, de la justicia y del bien, y no me ha salido *realmente bien* más que una cosa, el engaño, primero en la plaza pública y ahora en el escenario. Tuve siempre abierto el corazón á los afectos, pero la fatalidad ha hecho que el amor me chasqueara, y si no fuese por vosotros, no me quedaría ni siquiera un amigo.

«Un atento examen de todo mi pasado me ha dejado convencido de una verdad que he anotado en mi libro de memorias en los términos siguientes: «he visto al amor engendrar el dolor, nacer la felicidad de la dura fatiga; y la vida no tiene nada mejor que el amor y el trabajo.»

«Pero es menester que el trabajo sea un trabajo útil, como el que se realizaba cuando en el Canadá íbamos en busca de pozos de petróleo, en medio de los bosques, con la destal en la mano para abrirnos camino, saltando por encima de los zarzales y dejando pedazos de carne en las espinas, ó como el que antes había hecho en Nueva York, modelando figuritas de yeso y vendiéndolas por las calles. Mas esos esfuerzos me cansaron apenas temí que no me conducirían directamente á la riqueza; y entonces, desesperando de mí mismo, volví de mala gana al engaño más remunerado de prestidigitador. Muchas veces, al ver á un faquín que vacilaba bajo un peso enorme, ó á un minero que hendía con el pico el granito de la montaña, ó á un labriego que cavaba bajo un sol de justicia, me detuve á contemplar su trabajo; no era que me pareciese menos áspero ó menos ingrato que el mio, y sin embargo, me detenía sin deseo, sin lástima, pero no indiferente. Y no sabiendo siquiera qué es lo que sentía ante aquellos espectáculos, parecíame á veces adivinar el desaliento producido por la ineptitud de quien se ha fijado una meta que alcanzar y en el entretanto se divierte, por el camino, burlándose del prójimo y hasta un poco de sí mismo.

«¡Conque al fin soy rico! No tanto como soñé en el hospicio, pero sí lo suficiente para poder satisfacer de una vez muchos de mis deseos, si alguno conserservase.

«¡Ay! La desdicha de cualquiera es precisamente esta, no desear ya nada cuando se ha conseguido todo; la mía, sin embargo, es peor porque á la ausencia de todo deseo se añade la añoranza del bien no logrado.

«Duélome de no haber sido feliz, de no haber tenido á mi lado una compañera, si no bella y amable como la tuya, siquiera parecida, á quien hoy pudiera decir: «Has envejecido esperando mi amor; ahora ese amor ahí lo tienes, es todo tuyo si lo quieres todavía.»

«Y me pesa también no haber consagrado al arte ó á la ciencia las energías que he consumido para ir en pos de la felicidad sin encontrarla nunca. No habría sido feliz porque me faltaba el temperamento para serlo; pero si no otra cosa, en mi país habría servido para algo; quizás habría sido un escritor honrado y pobre, ó un inventor de alguna máquina, ó tal vez un filósofo solitario poco apreciado por sus contemporáneos, pero que habría hablado fuerte y de lejos á la posteridad.

«Hace una semana que estoy en posesión de mis pesos flamantes y ya me dan guerra porque no sé qué buen uso hacer de ellos, y así como en mi pobreza veía tan á menudo la riqueza en el porvenir y la empleaba mentalmente en tantas obras buenas para mí y para los demás, ahora, mirando en torno mío, á los *demás* no los veo y profundizando en mí mismo casi no me encuentro.

«Mi sueño, ¿lo recordáis?, era enriquecerme pronto y con algo de satisfacción; mientras tú, mi buen Desiderio, todavía luchabas por el arte y eras joven y pobre, para poder yo solo dar un poco de luz y de aire á vuestra casa. Pero ahora ha pasado mucho tiempo y vosotros no necesitáis nada. Paréceme oír la voz dulce y bondadosa de tu compañera que dice: «¡Hay tantos enfermos únicamente de miseria! Cure á cuantos pueda.» ¿No ha dicho usted esto, doña Esperanza?»

Desiderio no pudo contenerse; todo el pasado que Coppa había ido removiendo había llenado su pecho de sollozos, y no pudiendo ya resistir más, exclamó con acento entrecortado por el llanto:

—¡No, no ha dicho nada, ni dirá ya nada! ¡Allá está sola, muda, fría, pero no indiferente..., y todavía ama!

«¿No ha dicho usted eso, doña Esperanza? En ello he pensado; pero me he convencido de que para curar al prójimo enfermo de miseria no soy bastante rico; si he de hacer limosna no veo otro camino que dotar un hospital, pues en cuanto á correr tras las huellas de miserias verdaderas para remediarlas yo mismo en persona, no me hago ya ilusiones, y eso que apenas he comenzado. Me he persuadido de que todos somos algo prestidigitadores; yo transformo el agua en vino á la vista del público, pero en privado he topado con colegas más hábiles que yo, colegas sanísimos que me han hecho creer que eran paralíticos, cojos, llenos de enfermedades y de hambre, cuando nada de eso era verdad, sino que vivían de renta y eran capaces de digerir mis cubiletos.

«No he renunciado á hacer algún bien, pero las pruebas hasta ahora realizadas me desaniman. Sólo una me alegra aunque no me satisfaga: algunas veces, después de haber comido en el campo, veo á un infeliz que ronda por entre las mesitas, burlando la vigilancia de los camareros, para recoger cortezas de

pan y colillas de cigarro que mete en un bolso; pido entonces á mi vecino una moneda para hacer un juego de manos, la hago desaparecer y luego reaparece en el bolso entre las colillas y los mendrugos. En algunos casos veo brillar una alegría ingenua en el semblante del mendigo, que me da las gracias y se va contento; mas no siempre es así. Ayer mismo, heme encontrado con uno tan ladrón y tan necio, que sostuvo con el mayor descaro que aquella moneda se la había dado un caballero y lo juraba por Dios, por la Virgen, por los Santos y por la gloria eterna de sus difuntos, sólo por miedo de tener que restituirla.

«Hoy, pues, soy rico; pero esta riqueza que he deseado tanto, aún no me satisface, ni me satisfará jamás, porque he descendido al fondo de mi conciencia y he visto de cerca que mi deseo había tomado un nombre equivocado, pues debía haberse llamado la *felicidad*.

«Y veo además que la riqueza, tal como yo la he deseado, había de proceder de mi voluntad y de mi inteligencia; pero para enriquecerme de este modo, como tantos otros se enriquecieron, era preciso escoger un solo camino y seguir por él sin detenerme nunca y satisfecho de saber que cada día me aproximaba más á la meta. No por esto habría sido feliz, sin embargo, ya que la meta estaba tan lejos de mi deseo. Alegraos vosotros, amigos queridos, porque al menos habéis sido más cuerdos.

«Interrumpo el lloriqueo para dar una nota alegre; mas no soy yo quien ríe, sino la suerte burlona.

«¿Os acordáis de la herencia que me dejó mi tía, la que iba á verme al hospicio? Aquella calceta empezada por la buena mujer ha permanecido siempre tal como llegó á mis manos; ha viajado en el fondo de mis baúles y muchas veces la contemplé para cobrar ánimos, pensando que era, poco más ó menos, todo el capital que el mundo me había dado para afrontar la vida.

«El otro día me fijé en ella y no me habló con palabras amargas y fuertes, antes bien me sugirió la idea de servirme del ovillo en la función de despedida, para hacer aparecer en su interior un billete de cincuenta pesos, previamente introducido en él, y regalar luego ese dinero á los pobres italianos de Buenos Aires. Yo mismo me preparo los juegos; la preparación de aquél fué un poco larga y ¿qué diríais que encontré dentro del ovillo? Un billete de quinientos florines austriacos que mi pobre tía había sustraído á la rapacidad de sus hermanos para favorecerme á mi sin despertar malas voluntades.

«El hallazgo me estremeció y me dió rabia, pensando que aquella cantidad, encontrada en un momento oportuno, habría cambiado quizás del todo mi suerte.

«Esta carta es ya muy larga y aún no os he dicho lo mejor. Habéis de saber que abandono el teatro, que me vuelvo á Italia y que no regreso solo. He conocido á una buena muchacha italiana, pobre y todavía honrada; tiene diez y ocho años, es guapa y recorría las posadas y los cafés cantando al son de su mandolina. Muchos parroquianos de aquellos establecimientos decían que tenía una voz maravillosa y no es verdad; desde hace una semana no canta porque me he hecho dueño de ella. ¿Cómo? Sencillamente comprándola á su *abuelo*; y como para ello no bastaban los quinientos florines del ovillo, he añadido unos cuantos pesos. Y ahora Niña es *nuestra*, porque vosotros la amaréis; Esperanza le hará de madre y tú serás un padre excelente. En cuanto á mí, no me cuento en todo esto, porque no sé cómo emplearé el resto de mi vida; además, me conozco tanto, que abrigo dudas sobre un propósito que ahora me parece hermoso, muy hermoso.

«Niña está contentísima; la idea de volver á Milán, de donde salió á los doce años, de aprender el canto en el Conservatorio y el órgano contigo, mi buen Desiderio, y de no tener ya que arrastrar su juventud por los figones de Buenos Aires, le parece un sueño. Damos largos paseos por el campo; Niña tiene la charla afectuosa de una verdadera chiquilla y me refiere su breve pasado con una ingenuidad que me estremece. Tengo el convencimiento de que ha permanecido honrada por milagro, ó por mejor decir, de que su propia ingenuidad la ha salvado en lugar de perderla; mas cuando adivino las asechanzas que se habían tramado ya para corromperla, con la complicidad del propio *abuelo*, la ira hace subir de mi corazón á mis labios una palabra que querría llegar hasta Dios... y que acaso no llega. Sí, me he prometido á mí mismo salvar á Niña, á quien he dicho que si no podemos hacer de ella una gran cantante, á lo menos á su tiempo le... daremos marido. Niña se ha reído y ha jurado (porque habéis de saber que le han enseñado á jurar) que no sabría qué hacer de un esposo. Al fin me parece que ha entrado en mi

alma un rayo de sol; no estoy del todo seguro, pero doy gracias al cielo porque me ha confiado el cumplimiento de una buena obra, de una obra que no me dejará desconsolado si también me ayudáis vosotros.

»Saldremos de aquí en el *Sud América* dentro de diez días, pues no menos se necesitan para prepararlo todo.

»Adiós, corazones nobles; hasta pronto.

»Vuestro hermano

»Desiderio Coppa.»

III

Desiderio había terminado la lectura de la larga epístola y aún no sabía si el contenido de aquellas diez y seis páginas le satisfacía del todo. Cierta que la noticia de la próxima llegada de su mejor amigo llevaba una pálida luz á aquella alma dolorida; pero no era como en otro tiempo, no, no era como en otro tiempo. Volvió á leer despacio algunos párrafos sueltos, casi sin comprender su sentido; pensaba, ó mejor dicho, esperaba que el pensamiento perezoso se formara lentamente, y sólo cuando estuvo enteramente formado, se sintió contento al poder decirse á sí mismo: «Coppa no podía saber cuánta era mi felicidad; ahora que la he perdido, le diré que yo mismo no lo sabía bastante bien.»

Después se preguntó mentalmente:

«¿Qué haremos de Niña? ¡Ah, si mi muerta viviese, qué alegría sentiríamos todos! Ella sí que sabría disponer nuestra vida. Esa muchacha será seguramente una buena chica, y como no tiene madre, necesitará más caricias. ¡Y mi Esperanza era tan cariñosa!»

Largo tiempo estuvo pensando en esto, y sólo cuando el portero le trajo la taza de leche fresca y el panecillo del desayuno, alzó de nuevo la cabeza apresurándose á desvanecer las ideas melancólicas con la bondadosa sonrisa con que solía acoger aquella visita.

—¿Ha visto usted qué relámpagos?, gruñó el portero. ¿Ha oído usted qué carambola?

—¿De qué carambola habla usted?

—Quiero decir de los truenos. ¡Y qué diluvio! ¿Eh?

¡Ah, sí! Desiderio había visto, oído y hasta llorado..., mas no lo dijo; ahora sonreía para calmar al portero.

—¿Y la carta que he dejado sobre la mesita?... ¡Ah! Ya la he leído... Dormía usted cuando la traje, y no queriendo despertarle, me he marchado. Pero ¡vaya una idea dormirse á poco de haberse levantado!

—Gracias, José; es usted muy bueno conmigo; es usted discreto é indulgente.

El portero no intentó asombrarse de esa indulgencia que le atribuía Desiderio, antes al contrario pareció afirmar con un gruñido que acaso era cierta; pero para demostrar que á lo menos la discreción era verdad real y sacrosanta, preguntó:

—¿Contiene algo bueno ese cartapacio de América? En seguida he visto que venía de lejos... Si los sellos no le sirven á usted, puede dármeles, pues mi chiquilla se vuelve loca por ellos.

—Tome usted el sobre.

José lo cogió sin dar siquiera las gracias; esta palabra rastrera no salía nunca de sus labios, porque entendía que para mantener el decoro de su posición humilde enfrente de las arrogancias de los inquilinos, el mejor sistema era hablar con voz brusca é impaciente y aun de cuando en cuando maltratar á alguno de aquéllos.

Pero era también cierto que José tenía su lado bueno, y que el que sabía cogerlo por ese lado con la prudencia debida, podía manejarlo sin peligro alguno.

Con el «matrimonio del órgano», que así llamaba

á Desiderio y á su cónyuge, el portero se había últimamente casi amansado hasta el punto de que cuando la anciana había dejado su vivienda del cuarto piso para ir á «vivir debajo de tierra», según él decía pintorescamente, habíase brindado en seguida á subir dos veces al día los noventa y seis escalones para desempeñar, por poquísimos salarios, los pequeños quehaceres domésticos cerca del desconsolado viudo. Lo que por ello percibía no pagaba ni las suelas de los zapatos; pero, lo que él decía: «En este mundo estamos para algo, incluso para hacer algún bien al prójimo.» Y téngase en cuenta que José, que para



—¡Curiosa!, exclamó Coppa en tono chancero

andar á diario de un lado á otro no gastaba más calzado que las botas viejas que los inquilinos le regalaban, no había podido nunca utilizar por estrechas las de Desiderio.

—¿Qué clase de pies tiene usted?, habíale dicho devolviéndole el par que le había dado. Lo que usted tiene no son pies, sino husos. Sus zapatos no me sirven, muchas gracias.

Pero el portero reconoció prontamente que el viejo Desiderio no tenía sino los pies que el Señor le había puesto en las piernas, y guardándose los zapatos para hacer una limosna, continuó inalterablemente subiendo los noventa y seis escalones dos veces al día... por tres liras al mes.

—La leche es fresca y el panecillo caliente; cómaselo en seguida, ordenó el buen hombre.

Desiderio, en cuya mente se había aferrado una idea, rogó á José que le mostrara el sobre de la carta de Buenos Aires.

—Ha llegado con retraso, dijo después de haberlo examinado con atención y de haber echado sus cuentas; ha empleado en el viaje más de cincuenta días; habrá encontrado mala mar.

Devolvió el sobre al portero y comenzó á mojar el panecillo en la leche después de haberlo partido en pedacitos; pero continuaba pensando, y en el momento de sorber la primera cucharada dejó pasmado

al atónito José, exclamando bruscamente:

—Si el *Sud América* ha tenido mejor travesía, ya habrán llegado; tal vez á estas horas están aquí.

El portero volvió instintivamente la cabeza hacia la puerta y luego, con su indulgencia acostumbrada, replicó:

—Si están aquí, ya los verá usted; pero en el entretanto métase en el cuerpo esa poca gracia de Dios, que yo me voy.

Y se fué, en efecto, después de haberse asegurado de que sus órdenes empezaban á cumplirse.

Desiderio, mientras seguía tomando las sopas de leche, pensaba melancólicamente en su próximo encuentro con Coppa, y se imaginaba que, avisado por una carta y por un telegrama (pues su amigo había sido siempre un malgastador y ahora, que sentía la necesidad de aligerarse de sus pesos, aún debía serlo más), iría á la estación á esperar á Coppa y á su pequeña compañera. «¿Dónde está Esperanza? ¿Cómo anda Esperanza?» le preguntaría el viajero, y entonces Desiderio, en vez de responderle, estrecharía sobre su pecho la cabezota roja y llorarían juntos.

Distraído por esa idea, apenas se acordaba del desayuno; pero al fin se comió la última sopa de leche, y cuando dejó la cucharita en la taza, se limpió los pocos pelos blancos que se había dejado crecer en la cara por negligencia. «¿Para qué afeitarme ahora?», decía si por azar contemplaba reproducido en el espejo su melancólico semblante.

En esto, entró de nuevo José jadeante.

—Vuelvo á estar aquí. Había llegado al último escalón cuando aquel señor me ha dicho: «¿Está en casa el organista?—Está en casa, le respondí, y ahora mismo acabo de subirle la taza de leche fresca.—Hazme el favor, me ha dicho él entonces (tiene un modo de hablar su amigo de usted y tutea con un aplomo...), de volver á subir y de avisarle que viene una visita.» Como hay Dios que no me habría movido, pero su amigo de usted tiene una manera de hablar y de mirar á la gente... y de hacer cosquillas en la palma de la mano...

¿Por qué había de ocultar la verdad? ¿Había algún mal en ello?

El alegre portero se reía; pero al ver que el organista había palidecido y miraba á la puerta sin saber qué decir, apresuróse á añadir con dignidad:

—Ahora sube despacio para no perder el aliento, como lo he perdido yo por subir de prisa, y su hija le acompaña..., es una guapa muchacha..., por lo que he podido ver. ¡Aquí están!

Al oír estas palabras del portero, Desiderio sintió que las fuerzas le faltaban y á duras penas logró ponerse en pie. Cuando José dijo: «¡Aquí están!», el anciano quedóse inmóvil, y no pudiendo correr al encuentro de su amigo, como quería, buscó instintivamente un apoyo y oprimió el teclado del armonio.

Un poco de aire que había quedado en los fuelles produjo entonces un sonido que parecía un suspiro leve.

—¡Desiderio!, gritó la voz conocida de Coppa. ¡Desiderio, aquí estoy!

Coppa, impetuoso como siempre, no se fijó siquiera en el estado de su amigo, sino que se le echó encima y estrechándole entre sus brazos, le besó repetidas veces en las mejillas.

Desiderio, vencido por aquella ternura, seguía guardando silencio, mientras Pepino, que permanecía junto á la puerta, decía á alguien que entrase.

—¿Pero qué tienes?, exclamó al fin Coppa. ¿No estás bueno?

—Estoy perfectamente, respondió el anciano sonriéndose; sólo que soy algo más viejo que tú, bien lo sabes, y nunca he tenido tu robustez. Me siento débil, tan débil de algún tiempo acá...

Coppa fijó una mirada investigadora en el descarnado semblante de su amigo y dijo con firmeza:

—Yo te daré un poco de vigor, si es que aún me queda alguno..., pues ahora comienzo á dudar de haber sido nunca fuerte... ¡Niña! Ven aquí; ese es mi mejor amigo, un amigo de la infancia. Hemos dormido al lado uno del otro en el hospicio de los huérfanos, hemos rezado juntos todas las mañanas y todas las noches. Es también un excelente organista

que te enseñará á tocar... Se llama Desiderio, como yo; Desiderio Diosdado... Pero ¿dónde está Esperanza?

Ante esta pregunta, Desiderio prorrumpió en un sollozo é inclinó su alto cuerpo para esconder su rostro en el hombro de Coppa.

José, que contemplaba la escena desde la puerta, retiróse silenciosamente.

IV

—Oye, dijo Coppa con acento triste; ya has llorado bastante. Miremos juntos al porvenir, porque quizás queda un porvenir todavía; á lo menos para ti, seguramente.

Al oír esas palabras, Desiderio alzó el rostro cubierto de lágrimas, balbuceando:

—¿El porvenir?

—Sí, el porvenir. Tú puedes ser feliz todavía y rogar á tu Dios que te conceda largos años de vida para la nueva felicidad. Niña es juiciosa y tú eres bueno, haz de padre de esa pobrecita y tu muerte estará contenta. ¡Oyela!

De la habitación inmediata llegaba la risa alegre de Niña, que preparaba el almuerzo ayudada por una sirvienta novata, y decía con su vocécita agradable: «Entre las dos no sabemos gran cosa.» La criada contestó con un bufido que ella sola creía saber lo suficiente con tal que la dejasen hacer, y Niña se rió tanto, que al fin hizo reír á la propia Antonia, que así se llamaba la fámula, la cual afirmó después que la señorita tenía muy buen humor.

Los dos Desiderios escucharon un rato hasta que las carcajadas de la muchacha fueron sofocadas por los implacables gruñidos de Antonia.

Entonces Coppa preguntó, y era ya la centésima vez que lo preguntaba en dos días:

—¿No es verdad que es una flor?

—Sí, es una flor, contestó Desiderio; pero temo que somos para ella demasiado viejos.

Al oír esta frase, que ya había sido mal acogida otra vez, el semblante de Coppa se transformó dolorosamente y su mano inquieta buscó una respuesta en la espesa cabellera todavía roja, pero velada ya por el polvo del tiempo. Y no encontrándola guardó silencio.

Desiderio, fijo en su idea melancólica, añadió:

—Paréceme que Niña necesitaría ver caras jóvenes y alegres..., en cambio nosotros, ¿qué podemos ofrecerle? Y hasta se me ocurre que algún día pueda sentir la añoranza del aire libre, de cantar delante de la multitud al son de su mandolina.

Coppa continuaba callado.

—Ahora la novedad la distrae un poco, pero ¿qué será cuando haya pasado algún tiempo? ¿Podremos nosotros ser lo que esa pobre Niña tiene derecho á encontrar en la vida?

—¡Ah, calla, calla!

Esta palabra, repetida sin asomo de cólera, pero en voz baja, en la que se oía vibrar la cuerda del llanto, arrancó enteramente á Desiderio de sus meditaciones y le hizo levantar los ojos del suelo para fijarlos en un nuevo dolor que entonces descubría.

Y con alma piadosa interrogó el alma inquieta de su viejo amigo. Coppa calló y Desiderio no adivinó aquel silencio.

—¿Qué tienes?, dijo al cabo de un rato en voz baja.

—Nada, respondió Coppa alegremente. Tengo que me han llamado siempre el Loco y que á fuerza de oírme llamar así he acabado por serlo un poco. He aquí lo que tengo... Nada; pero no, tengo la certeza de que el hombre no envejece nunca, porque está formado de un alma inmortal, ¿no estoy en lo firme? Sé que la voluntad es débil, pero se convierte en una fuerza si le ayuda la imaginación prepotente; y sé que cuando las dos juntas me han dado batalla, he dejado siempre en la lucha un pedazo de carne viva. Desde hace poco esa batalla ha recommenzado, más cruel que nunca.

Estas últimas palabras fueron dichas en voz tan baja, que Desiderio no las oyó.

—¿Qué dices?

Coppa permaneció un momento silencioso; luego irguió la cabeza y pronunció una sola palabra, mas con acento tan dulce que parecía una caricia:

—¡Oyela!

Desiderio comenzó entonces á creer que lo había comprendido todo. Los dos amigos pusieron á escuchar con los ojos fijos en la puerta entornada de la estancia contigua, por la que llegaban hasta ellos las sonoras carcajadas de Niña.

Después, Desiderio quiso leer en silencio en el corazón de Coppa, el cual, sólo con un gesto, creyó abrírselo de par en par.

—Comprendo, murmuró Desiderio, aunque no entendiendo todavía gran cosa.

Niña, saliendo impetuosamente de la cocina, les anunció que el almuerzo estaba dispuesto.

Pero, comprendiendo que había interrumpido un coloquio interesante, estuvo un momento indecisa, sin saber si volverse á la cocina ó acercarse con carita morena al abuelo Coppa, el cual solía atraerla sobre su pecho y esconder una mano en sus cabellos rizados. Mas en aquel instante Desiderio le cogió primero una mano y luego otra, y mirando sus brillantes ojazos le dijo:

—Deja que te contemple.

Y después de un largo examen que Niña soportó con calma, añadió:

—¿Sabes que eres realmente guapa?

—Todos me lo decían...

—Procura, sin embargo, no envanecerte de ello.

—¿Qué debo hacer?, preguntó la muchacha ingenuamente.

Desiderio pensó un rato y no encontrando un argumento poderoso contra el sentimiento de vanidad que le daba miedo, respondió moviendo la cabeza que acaso no había nada que hacer.

—Esa belleza tuya la he conocido, prosiguió con voz temblorosa; es la belleza buena, la belleza que hace pensar, la belleza que sabe amar, que abraza, pero que mantiene siempre caliente el corazón y no deja nunca en él una parte dolorida. Esa es tu misión, Niña.

—¡Diantre! Debe ser difícil, ¿verdad, papá?

—Sí, es difícil, afirmó Coppa meditabundo; hay gente que se abraza á la vista de un rostro... como el tuyo, y luego sufre sin decirlo, ó se dice á sí mismo cien veces: «¡Loco, loco, loco!» sin dejar por esto de sufrir siempre. ¿Qué puede hacer la belleza buena para que en el corazón de esa gente no quede una parte dolorida?

—Nada, respondió Niña riendo.

—Nada..., esto digo yo, repuso Coppa con acento alegre. Tienes razón, Niña; esa misión es difícil, mas espero que no será la tuya. Y ahora, vamos á almorzar.

Almorzaron en el cuarto de Desiderio. La mesa había sido colocada al pie de la cama de matrimonio, en donde habían surgido durante cincuenta años tantos sueños hermosos, tantos sueños queridos..., queridos hasta cuando traían consigo los temores inevitables en un amor que vivía pobremente. Coppa veía desde su sitio, cada vez que levantaba la cabeza, las dos almohadas; su amigo, que había querido volver la espalda á sus recuerdos, no por esto lograba arrojarlos de su pensamiento, y cuando acudían á su memoria, el anciano interrumpía la charla de Niña con un suspiro.

¿Qué significaban las furtivas miradas que Coppa lanzaba como relámpagos sobre Niña y sobre él? Desiderio creía haber comprendido algo de la confesión de su amigo, pero ahora aquellas miradas de éste le demostraban que Coppa se figuraba haberlo dicho todo y haber sido comprendido perfectamente; y esto le molestaba. Miraba aquella carita redonda, fresca, aquella boca que sonreía con sonrisa bondadosa, que dejaba ver una dentadura brillante y formaba dos hoyuelos en sus mejillas; aquellos ojos profundos, negros como los cabellos que caían ensortijados sobre los hombros; y la vista de tales perfecciones destruía el primer fantasma que, desde la confesión de su amigo, había entrado en su cerebro, porque Coppa tenía el pelo rojo y los ojos grises, al ras de la cabeza, é impacientes.

«Si Niña, pensaba Desiderio, fuese hija suya, ¿á qué habría conducido relatarle el cuento de la mandolina y del abuelo?»

De pronto, como le sucedía siempre á aquella alma incompleta desde que su esposa falleciera, la idea vaga se concretó y despidió una luz tan viva y tan cruel, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pobre Desiderio!, murmuró tendiendo la mano á su amigo. ¡Ahora comprendo!

—¿Qué es lo que comprende?, preguntó Niña deteniendo el bocado que se llevaba á la boca.

—¡Curiosa!, exclamó Coppa en tono chancero.

—Sí, qué es lo que comprende, dígamelo, insistió Niña. ¿Usted lo sabe?

—Sí, pero tú no lo sabrás, contestó Coppa.

Mas luego, arrepintiéndose de lo que decía, añadió:

—Así lo espero, al menos... Pero ¿quién sabe?.. Tal vez...

Y estuvo un rato callado. Niña insistía con su sonrisa tentadora, clavando sus ojos en el rostro del papá, el cual buscó un subterfugio diciendo:

—Como en la mesa es en donde mejor se tratan los negocios, ha llegado el momento de tratar el más importante. Vamos á ver, Desiderio; á esta casa le tienes cariño, lo comprendo, pero es preciso renunciar á ella por nuestra hija, la cual no puede seguir

viviendo como desde hace cuatro días. No puede dormir en tu despacho, en un colchón sobre seis sillas...

—Sobre ocho, rectificó Niña, ¡y se duerme tan bien así!

—Le cedía mi cama y no la quiso, diciendo que tenía miedo de perderse en un lecho tan grande... Pero tú tampoco puedes continuar durmiendo en la fonda... También he pensado en ello.

—¿Y qué has pensado?

—Que podríamos comprar dos camas, una para Niña y otra para ti; tú dormirías á mi lado como en otro tiempo.

—Olvidas que ahora somos ricos, replicó Coppa con acento nervioso, que podemos tener cada una nuestra habitación para llenarla de sueños y desvaríos... Los noventa y seis escalones de esta escalera, los he contado, son demasiados para Niña; para mí no significan nada, al contrario..., pero para ella son muchos... No repliques, pues sé lo que digo. Tengo lo que nos conviene; siete habitaciones alegres, bañadas de sol, en un segundo piso, con vistas á un jardín... Ya está hecho el contrato y cuanto te diré que vengas á vivir allí, no te negarás á ello.

Calló esperando una respuesta, pero Desiderio no contestó en seguida; paseó una mirada piadosa por las paredes cubiertas con un papel ceniciento con florecillas de color de rosa, y la idea de abandonar aquella casa no le hizo tanto daño como se había imaginado, porque sentía una nueva preocupación que se sobreponía á todas las demás.

—Haré todo cuanto quieras, mi querido Desiderio, dijo al fin.

—¡Oh! No me compadezcas todavía. La partida no está más que empezada y aún puedo ganar.

—¿Qué partida?, preguntó Niña.

—Conque estamos de acuerdo. Piensa que todo consiste en escoger el momento oportuno, en cual caso siempre se vence... Y ahora he de decirte la verdad; lo de las siete habitaciones lo dije por decir; pero antes de la noche las tendré. Niña y nosotros dos recorreremos en coche toda Milán hasta que encontremos lo que nos conviene... Pero no mires los clavos de esas paredes; los pondremos también en tu cuarto y te parecerá estar todavía en esta casa, en donde has vivido durante tanto tiempo. Y tu Esperanza, añadió en voz baja, irá á buscarte allí...

Estas palabras de Coppa hicieron asomar una sonrisa en los descoloridos labios de Desiderio.

—Siempre está á mi vera; no me abandona nunca.

Mientras Niña levantaba la mesa, un pensamiento inquieto seguía vagando por la mente del viejo organista, el cual, apenas la muchacha se hubo marchado á su cuarto para vestirse, preguntó:

—¿De modo que?..

—Que la amo y que porque la amo sufro como un loco; pero ella no sabe ni sabrá nunca nada, respondió Coppa con acento tranquilo.

—¿Y desde cuándo?

—Quizás desde hace un mes. Estábamos á bordo del *Sud América* cuando hice el extraño descubrimiento de que mi locura había comenzado. Viajaba con nosotros un joven, un viajante de una gran casa de productos químicos que miraba con muy buenos ojos á Niña; una tarde en que el mar estaba tempestuoso y la pequeña y yo sufríamos los tormentos del mareo, el muchacho me pidió permiso para ofrecer á Niña un remedio contra aquel molesto mal; fué entonces cuando vi claro en mi alma, y lo vi por el esfuerzo que hube de hacer para darle las gracias en vez de pegarle. Logrado el permiso, acercóse á Niña, que estaba en la borda, y yo me incorporé y me aproximé también á ella; el mareo se me había quitado del todo. «Prueba, dije á Niña, prueba; te aliviará.» Esperaba que el remedio de aquel joven resultase eficaz, y me afligió que de momento la mejorara; pero cuando el mareo pudo más que el remedio, sentí un consuelo como si hubiese alcanzado un triunfo. Cesó la borrasca en el Océano, pero no en mi corazón, y no recobré la tranquilidad hasta que en Gibraltar desembarcó aquel viajante, causa de mi infortunio.

—¿Y qué pensaba Niña de todo ello?

—No se había percatado de nada.

—¡Bravo!

—¿Por qué dices bravo?.. La víspera de nuestro arribo á Gibraltar, aquel enamorado tímido que procuraba entrar en conversación conmigo para ponerse más en contacto con Niña, se me acercó y me dijo que al día siguiente se separaría de nosotros para hacer la España. El muchacho no pudo penetrar la satisfacción con que le dije: «¡Oh, cuánto lo siento! Hacer la España no será cosa de poco tiempo.—Será más corta de lo que usted cree, porque mi producto sólo se vende en las principales plazas y tiene pocos consumidores al por mayor.»

(Se continuará.)

OBRAS DE ALLÁN OSTERLIND

Allán Osterlind, pintor sueco de nacimiento, pero francés por sus gustos y tendencias artísticas, es uno

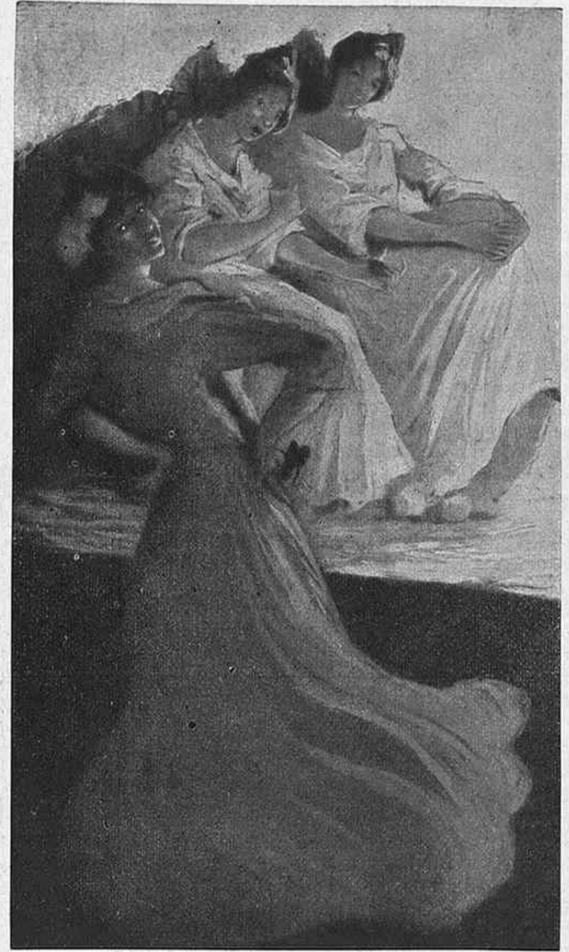
que le ha inspirado un viaje hace poco realizado por España, de las cuales son muestra las que adjunto reproducimos.

La España que ha visto Osterlind no es la misma

no se ha empeñado en ver lo que no existía, sino que le ha bastado con observar concienzudamente los espectáculos, los tipos, las escenas que la naturaleza presentaba ante sus ojos, para satisfacer sus ansias



Escena española, grabado de Allán Osterlind. (Reproducciones autorizadas por M. Pierrefort)



Baile andaluz, grabado de Allán Osterlind

de los que con más éxito cultivan el grabado en color, hoy tan en boga en Inglaterra y sobre todo en Francia, en donde se ha fundado recientemente una sociedad presidida por el celebrado Raffaelli y dedicada exclusivamente al fomento de ese género especial del arte pictórico.

Muchas son las obras por él producidas, admiradas todas por la crítica y muy solicitadas por los aficionados; entre ellas sobresalen de un modo especial las

que se observa, por ejemplo, en los magníficos lienzos de Zuloaga; el artista sueco se ha fijado con preferencia en el lado gracioso, alegre, verdaderamente pintoresco de la vida de ciertas regiones españolas, y la ha reproducido con toda la brillantez de colorido que en la realidad ofrece.

Sus cuadros de costumbres andaluzas son un portento de verdad; Osterlind no se ha dejado llevar, como tantos otros extranjeros, por su imaginación;

artísticas, y al reproducir luego sus impresiones lo ha hecho ateniéndose estrictamente a la verdad.

Los grabados que publicamos confirman, en parte, nuestro aserto, y decimos en parte, porque no pueden dar idea de todo el valor de la obra de Osterlind faltando, como falta, en ellos el color, que es, según dicen cuantos han podido admirar esas bellas composiciones, de una riqueza y de una verdad imponderables.—S.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas. Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa. CANDÈS B^e St-Denis, 46

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BARCELONA. AÑO III. 1904. — Elogios merece esta publicación del Municipio barcelonés, puesto que resume cuanto se relaciona con la vida de nuestra urbe, constituyendo un acopio de antecedentes y noticias de gran interés, que honran al Ayuntamiento que se preocupa en reunir en un elegante volumen cuanto pueda servir de consulta á los que pretendan conocer la administración municipal y el modo de ser de Barcelona.

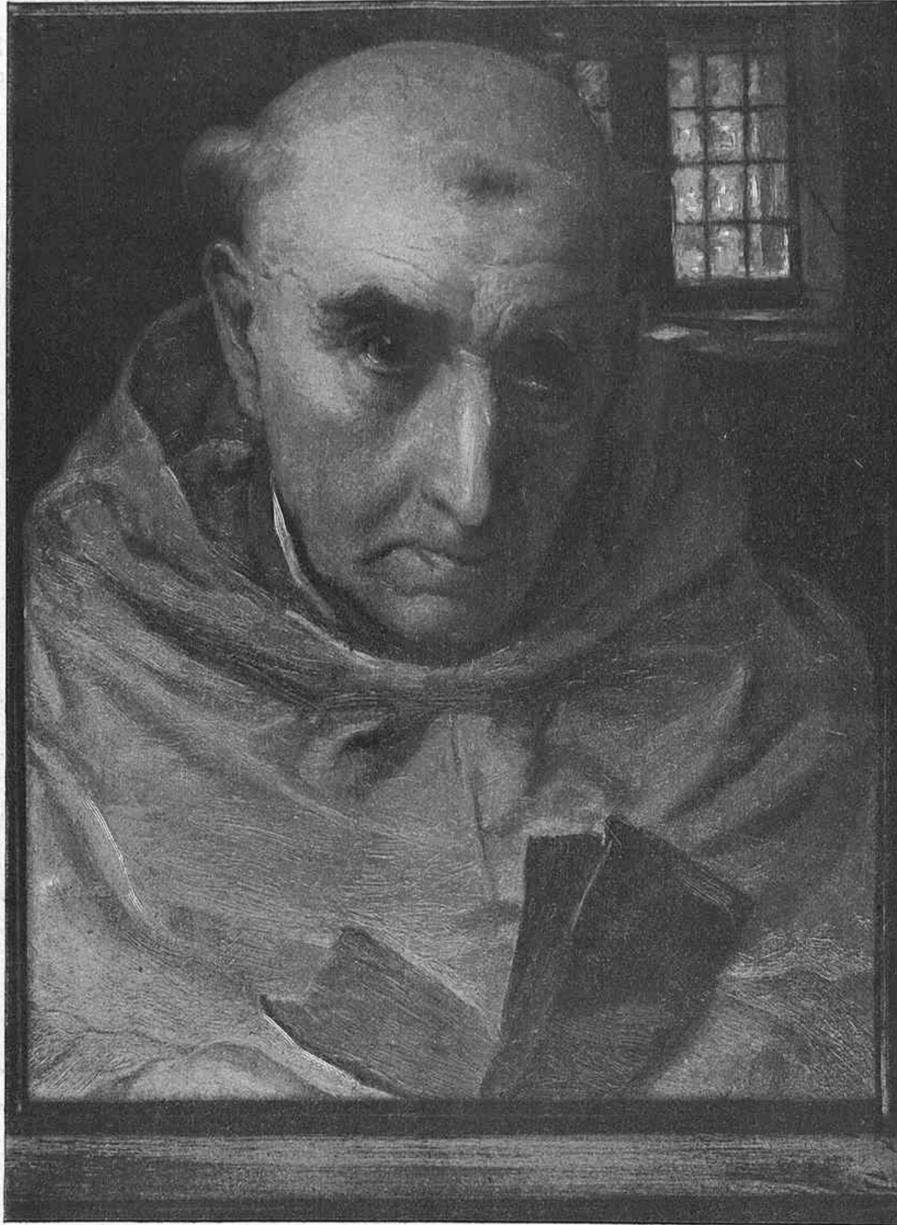
CORRESPONDENCIA MERCANTIL HISPANO-FRANCESA, CON UN MANUAL DE CONVERSACIÓN COMERCIAL en los mismos idiomas, para uso de los comerciantes y de los que estudian la lengua francesa, por *A. Casasús*. Segunda edición. — Un tomo de 472 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, seis pesetas.

TRISTANY É ISOLDA, drama lírico en tres actos por Ricardo Wagner. Traducción catalana adaptada á la música por *Jerónimo Zanné* y *Joaquín Pena*, con la exposición de los temas musicales y un cuadro sinóptico de los mismos. — Un tomo de 148 páginas, editado por la Associació Wagneriana de Barcelona. Precio tres pesetas.

CLIXÉS. Estudio en prosa, por *L. Escardot* (*Carmen Karr*). — Un tomo de 270 páginas, editado en Barcelona por «Joventut.» Precio, tres pesetas.

CULTIVO DE LA VID Y ELABORACIÓN Y MEJORA DE LOS VINOS, por *D. Salvador Mata y Puig*. — Obra premiada con medalla de oro por el Instituto Catalán de San Isidro en el concurso de 1906. Un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por don Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

LA VIDA DEL CAMPO, poemita catalán de *Ramón Masferrer*, traducido al castellano, en verso, por *D. Francisco J. Garriga* y *D. Leandro Sánchez, Póro*. — Un tomo de 94 páginas con un prólogo de Jacinto Verdaguer, editado en Barcelona por F. Ribalta.



Meditación, cuadro de Edmundo Van Hove

CARTAS DE UN TÍSIKO Á OTRO, por *E. Bertrán Rubio*. — Un tomo de 102 páginas, editado en Barcelona por D. E. Puig. Precio, dos pesetas.

COMUNICACIONES INTERNACIONALES DE ESPAÑA, por *José Fuigdollers y Maciá*. — Conferencia dada el 29 de junio último en el Instituto Vizcaíno de Bilbao. Un folleto de 32 páginas, publicado por la revista «Mercurio.»

ANTOLOGÍA BOLIVIANA. TOMO I. — Colección de trabajos escogidos de diez y seis poetas y prosistas de Cochabamba, con un prólogo de D. Arturo Oblitas. Un tomo de 370 páginas, ilustrado con varios retratos; editado é impreso en Cochabamba por Fermín Rejas é hijo.

EL RÍO DE LA PLATA. MONTEVIDEO. BUENOS AIRES. (Recuerdos de viaje), por *Carlos M.^a Santigosa*. — Un tomo de 260 páginas, impreso en Sevilla, en la imprenta del «Heraldo Sevillano.» Precio, cinco pesetas en España y seis en el extranjero.

CARTAS FINLANDESES, por *Angel Ganiwet*. — Un tomo de 216 páginas que contiene veintidós cartas escritas desde Finlandia por el eminente y malogrado literato granadino. Editado por «El Defensor de Granada.» Precio, tres pesetas.

MORAL SOCIAL, por *Eugenio M. de Hostos*. — Un tomo de 262 páginas, publicado por la Sociedad de Enseñanza y editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é Hijos. Precio, tres pesetas en rústica y cuatro encuadernado en tela.

CUENTOS DEL VIVAC. BOCETOS MILITARES, por *Federico Urrecha*. — Un tomo de 240 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci. Precio, dos pesetas.

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE VETERINARIA, por *J. Téllez y López*. — Se han publicado los tomos 14 á 20 de tan importante colección que son otros tantos manuales de las siguientes materias: *Toxicología y Medicina Legal; Cirugía; Obstetricia; Marisquería ó procedimientos de herrado y forjado; Agricultura; Zootecnia; Inspección de Carnes y substancias usadas en la alimentación humana y Derecho Veterinario*. El precio de cada uno de estos tomos, editados en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos, es de tres pesetas, encuadernado en tela.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de **J. FERRÉ**, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN